

Certamen Literario



**X Aniversario
Diario de Burgos**

Poesía - Microrrelato - Cuento

La voz y la palabra

Diario de Vurgos, medio de comunicación libre y horizontal que desde una perspectiva anti-autoritaria pretende subvertir los engranajes de una ciudad llamada Burgos, ha cumplido su X aniversario. Quienes damos vida a este proyecto hemos querido celebrar con todos nuestrxs lectorxs esta década de andadura a través de diversas actividades, entre las que destaca este certamen literario “**X Aniversario de Diario de Vurgos**”.

La publicación que tienes entre tus manos es el resultado de una selección de las muchas aportaciones que nos han hecho llegar, desde los más variados rincones del planeta, la enorme cantidad de personas que han participado en esta iniciativa literaria. La gran acogida de participación a punto ha estado de desbordar la bandeja de entrada de nuestro correo electrónico, situación que ha hecho verdaderamente difícil la selección final para esta publicación colaborativa, pero que, así mismo, nos ha reportado la intensa satisfacción de haber sido capaces de dar salida a vuestra creatividad. Para quienes camináis junto a **DV** desde el principio, o para quienes os habéis incorporado gracias a este certamen, muchas gracias por responder a la llamada y compartir con Diario de Vurgos la parte más creativa de cada unx de vosotrxs.

En este certamen literario no hay nadie que gane o pierda, no hay fallo inapelable del jurado, ni elenco o accésit con las mejores obras. Desde **DV** planteábamos en las bases de este certamen que el apoyo mutuo es un valor superior a la de la competencia, que el proceso creativo se estimula más a través de la colaboración que desde la competitividad. El resultado final de esta publicación nos hace pensar que quizás no hayamos estado del todo desencaminados.

Estas hojas son el resultado de una breve y ardua selección de todas las obras presentadas al certamen. Dada la gran cantidad de aportaciones recibidas, y nuestra limitada disponibilidad económica, entendemos que es necesario recoger una selección más amplia de todos los **poemas, micro-relatos** y **cuentos** presentados que podréis encontrar en línea a través de la siguiente dirección:

<http://diariodevurgos.com/varios/certamen-papel.pdf>

Gracias infinitas por acompañarnos durante toda esta década, y lo que nos queda. Juntos, con todxs vosotrxs, hacemos el camino por las calles y plazas de este “otro Burgos” al que desde el inicio hemos querido dar la voz y la palabra.

Vurgos, enero de 2017



Poesía

¿Refugiados?

¿Por qué le llamas, madre, refugiado?,
si no tiene útero al cual volverse,
si la noche ha invadido el pensamiento
de los hombres, en su huida yermos.
Si el alma ha caído de rodillas,
doblegada por el desprecio del ausente.

¿Por qué le llamas, pueblo, refugiado?,
si no conoce un bosque en cual perderse,
si las puertas del mundo se han cerrado
y es el agua quién libertad promete.
Promesa de muerte menos trágica,
que aquella, quién en sus talones se entretiene.

¿Por qué le llamas, padre, refugiado?,
si no tiene la forma de esconderse,
ni lecho quién albergue su desgracia,
ni manta con la cual taparse el vientre.
Si el viento sopla su desgracia,
a oídos sordos que bien entienden.

¿Por qué le llamas, hermano, refugiado?,
si no tiene manos que le aferren,
si el olvido vago se ha enquistado
en la excusa atroz de algunos intereses,
en la codicia absurda que a todos compromete.

¿Por qué le llamas refugiado, padre?,
si no tiene ni tierra quién le entierre.

María José Gutiérrez Sánchez

Coplas al ingenioso libertario Lizanote de la Acracia

Lizanote de la Acracia,
inocente y libertario,
mamífero y visionario
de Reales Mundos Poéticos
sin Poder y sin patéticos
dominantes, dominados.

De tu lírica columna
al frente y contra la Norma,
rebelde de fondo y forma,
te escucho siempre gritar:
¡el capitán es el mar!,
¡que vivan los mundos curvos!

El Capital y el Estado
te negaron nombre y gloria,
te trataron como a escoria
del pensar y del sentir,
pues te atreviste a decir:
mi mundo no es de este reino.

Lizanote, en la asamblea
de tu Acracia natural,
-bien sabes mi afinidad-
levanto la mano y digo:
yo quiero bailar contigo,
mi mundo no es de este reino.

Arrea

Vivo en un mundo

Vivo en un mundo
donde algunos encuentran
el egoísmo incluso en los genes.
Y muchos otros están obligados
a competir en secciones
de recursos humanos
para obtener la dignidad.
Y a eso le llamamos excelencia.

Vivo en un mundo
donde muchos niños
no creen ya en si mismos
ni en el futuro que les espera.
Mientras la mayoría de adultos
van a trabajar leyendo
libros de autoayuda y guías de viajes.
Y a eso le llamamos sociedad productiva.

Vivo en un mundo
donde unos pocos hacen
el trabajo de muchos,
y muchos otros están en el paro.
Y a eso le llamamos democracia.

Emma Puente

Podridos pero contentos

Silenciosa pasa la vida
en la casa de los que pueden
entre gritos y entre llantos
viven los que de hambre mueren.
Como es de grande la mente humana,
como de inteligentes,
como es que de tanto, tan poco,
somos tan locos e hirientes.
Valores que se escapan
entre las prisas de los trabajos,
la rutina y el agacharse
para nunca más poder levantarse.
Y es muy triste pero tan cierto
y me resulta desconcertante,
que son monedas y unos papeles
los que mueven este globo mutante.
Nos quedamos tan solo cobardes,
tristes y apenadas personas,
que viven entre mentiras
para hacer feliz a sus gentes.
El aire contaminado vuelve,
la lluvia acida no perdona,
esa comida que hoy te alimenta,
te seguirá convirtiendo en muy pobre.
Las manos que no ayudan a otras,
los labios que no son usados,
las voces que ya nunca se oyen,
los corazones que son vaciados.
Nos untan de sebo y no importa,
nos inyectan veneno en la sangre,
a qué precio queda la oferta,
este mercado está que se sale.
Sin dolor nos quedamos, inertes,
vacíos y podridos.
Sin voz y sin nuestra propia sangre
¿para qué es qué vivimos?

Estefania Lafuente



Manifiesto de la perra

Toda la rabia toda. Toda la tristeza del mundo TODA
ha entrado en mi corazón. Hoy día de los santos inocentes
descubro aterrada que no me queda ni una pizca de inocencia
La rabia me sube por la garganta
Las lágrimas caen y caen como torrentes de sustancias ácidas
LORO POR MÍ POR TI LORO
Porque llevo más de tres años en el paro
Porque no tengo cámara de fotos y soy fotógrafa
Porque no tengo impresora y soy escritora
Porque no tengo luz en la habitación
LORO POR TODAS LAS PERSONAS
QUE ESTÁN PEOR QUE YO
Enfermas Desahuciadas Heladas Abandonadas
¿Cuántas somos? UNA una sola persona UNA
Que LLORA a cántaros. Que se siente devorada por la rabia
Que le come la rabia las entrañas ¿Quién soy? Una perra rabiosa
Con necesidad de morder. Con necesidad de llorar. Con necesidad de llorar
Con necesidad de llorar. Con necesidad de que salten por los aires
todas las estafadoras telefónicas. Con necesidad de que ESTALLE mi rabia
Ya soy una devastada social. Una devastada emocional. Una desgraciada
psicosocioemocional. Una perra rabiosa emocional. Una devastadora antisocial
Con necesidad de ladrar y ladrar. Con necesidad de morder y morder
Una perra periodista en paro. Una perra fotógrafa sin cámara
Una perra profesora sin aula. Una perra rabiosa devastada
Con los ojos enrojecidos de tanto llorar. Con los dientes maltrechos
de tanto apretar las mandíbulas. Con las mandíbulas doloridas
de tanto callar y no morder. Quiero morder morder morder
A todos los canallas los nefastos de la gran chingada banqueros
políticos empresarios reyezuelos. A todos los que se embolsan
grandes cantidades de dinero y nos roban nuestra dignidad y nos roban
nuestras ganas de vivir y nos roban nuestra salud y nos roban nuestra alegría
y funden nuestros sueños en el caldero infernal de sus monedas
NOS ROBAN LAS PALABRAS. Que salten por los aires todos
los ruines los grandes hombres putrefactos
Pero fijaos bien: Mi amigo Aitor trabaja ES POETA Y YO TRABAJO: SOY
POETA. Más allá de las palabras mediocres está la aventura de vivir al margen
Ser una poeta automarginada. El poeta suburbial que grita inspirado
y ladra a la musa su verdad resplandeciente. Y muerde y muerde la carroña
YO TRABAJO DE POETA COMO BOLAÑO. Como Aitor trabajo de poeta

En mañanas soleadas de palabras. En noches vertiginosas de palabras
Por eso escribo mi manifiesto de la perra. Por seguir ladrando rabiosa ante la
grisura. Qué fea es esta época de posguerra. Qué horrible la usura la codicia
de estos insaciables gobernantes del mundo. Con qué rabia muerdo sus
asquerosos traseros. Con qué placer desenmascaro su desvergüenza
Muerdo muerdo con la rabia de la perra apaleada aunque sea una pacífica señora
Porque como Aitor como Bolaño soy poeta y en mi corazón anida un colibrí
triste. Una perra reventada que escribe. Una perra que ladra desesperada
Una perra vieja y digna que no agacha la cabeza. Una perra que se muere
de asco. Que llora y llora y llora por los autómatas. Por las que no ladran ni
gritan ni muerden. Lloro por las que callan por las sumisas por las que tragan
Por las multitudes en los estadios y los centros comerciales
Por las personas permanentemente pegadas al móvil. Por los programas basura
de la tele. Por la comida basura y la basura bebida. Por los libros basura que
acaban con los árboles. Por la basura que no se recicla. Por los animales
malcriados para los mataderos. Por las niñas prostituidas por hombres de corbata
Por el exceso de medicinas por las plagas provocadas por las sustancias
químicas con las que nos fumigan por los maquillajes tóxicos los zapatos de
tacón la ropa sintética las fábricas chinas sus trabajadoras. Lloro por las balsas
que naufragan por los misiles por los drones por los marines adiestrados asesinos
Muerdo muerdo muerdo las piernas de los grandes hombres negros grises
marrones los dueños del cotarro. Escribo porque soy una perra sin hueso que
roer. Escribo este manifiesto de la perra para VIVIR

VIVIR como nos de la gana

Soy una perra sin dueño. Soy una perra pulgosa. Una perra mística y alada.
Soy una perra colgada de un árbol. La que roe tu conciencia los domingos
cuando sales de la misa de una. Soy UNA la que llora con los pies congelados
en un callejón sin salida la sin casa la sin brasas en la mirada la desnuda
La que ladra a los monstruos de madrugada. Una perra que tiritita a la entrada de
la iglesia. Una perra que vomita asustada. Soy tu sombra la que te sigue
cuando recoges los mendrugos las frutas podridas los yogures pasados de fecha
La perra que huyó de los cazadores. La perra que arrastra sus pedazos de cadena
por el bulevar de vuestros escrúpulos. La que muerde con desesperación
los arbustos del parque para purgarse de toda la falacia. La perra que manifiesta
su repugnancia ante la hipocresía soy LA GRAN PERRA.

La luna me cobija como a ti animal desamparado que lees este poema sarnoso
Despierta del letargo políticamente inducido. No roas el hueso de la docilidad
Ladra conmigo a esta falsedad miserable. Conviértete en la hermana de Anubis
La rebelde cinocéfala altiva Hemikane. Ladra a la estulticia consumista
Manifiesta con orgullo tu perra esencia. Soy una perra inocente.

Una perra de Dios

Marinovsky

Underground

NEW YORK

Que Linda es Nueva York
colgada de las postales
y en los hospitales
cuanta pena, cuanto dolor.

Que sufrido el ciudadano nacional
sueña hasta que es feliz
y en su pobre deslíz
no tiene ni seguridad social.

La Estatua de la Libertad
que ironía,
lágrimas en la bahía
por decir la verdad.

Que espanto
la Quinta Avenida
parece la calle una herida
y tanta gente un campo santo.

El capitalismo.
Que engaño.
Entre el robo y el amaño
el mundo hecho espejismo.

FACTORÍA

Doce horas de factoría
por un miserable jornal,
del sistema liberal
convertido en agonía.

El mapa de Nueva York
es todo subterráneo,
y la vida un sucedáneo
de la esquina y el dolor.

En los sótanos se muere la alegría
operarios, cocineros, compañeros del tajo.
El chupasangre exprimiendo el trabajo,
mientras bebe su sangría.

El salario, bendito sea
siete dólares la hora
pagan los mercaderes de moda
a la necesidad que se pasea.

Que futuro el de Juan Pueblo
que se escapó a la ciudad
y cayó en la necesidad.

Pepe do Outeiro

La hibernación de un solsticio

Los hijos de las estrellas
plagian el firmamento
en su epidermis
y sus poros destilan luz
con extrema sutileza
sin copas de vino
ni velas ni incienso
Semejante la timidez
estratosférica
que nos impulsa
al big bang
de un universo de acero
entre líneas
y tablas de ejercicios.
Seguro que la paz
se parece más a esto
que a lo que quieren contar
los medios de comunicación.
Ya decretamos en luna llena
que el deseo y la pasión
de planos superiores
moriría sin preámbulos. Los planetas de esta galaxia
y sus satélites
nos chivaron algo sobre
universos paralelos
pero la NASA no se pronunció
y testificamos en luna menguante
para que si la nueva
no era buena, al menos
que no fuera en balde.
Genuina esta, a veces
devuelve alguna mueca
antes de que amanezca,
haciendo un guiño
a su fiel reflejo diurno.
Y observaremos caer
los cometas hasta cero

cuando todo vuelva
a trazarse de nuevo
en este nuestro tiempo
presente continuo
donde se trazan
los deseos
y las oportunidades
para sonreírle al futuro.
No siempre será año nuevo.

Cantina amarilla

Plaza Sitiada al 1400

¿arte, panfleto o propaganda?

conozco un vampiro alérgico a los glóbulos blancos
también un banco de cedro sin su arbolada plaza

conozco una isla con palmeras y sin mar
una sonata sin violín ni piano
hasta un acuario sin peces y sin agua

conozco una revolución sin líderes
un monociclo sin rueda
un murciélago sin alas
y obviamente una flor sin tierra

conozco un poeta sin musa
un país y una escuela sin bandera
un enfermo sano y hasta una caries sin muela

conozco una jarra sin asa
una vaina sin espada
una collar de perro sin perro
y sin cadena

conozco un vendedor ambulante sin mercancías
un oculista y dos cirujanos ciegos
un diplomático mudo
e incluso un estómago vacío revuelto
conozco por último un espectro que está vivo
que en la penumbra deambula despierto
pero
por más que sé de un sol oscuro que no alumbró
nunca a esta plaza por entero sitiada
jamás de los jamases
he atisbado siquiera el verme un instante
parado en ella
descorazonado
y sin ti

Candelmo

Sol de flexo

Encontré un pájaro muerto de alas negras y
ojos negros en el parque arrasado,
en un parque de
tripas, de paseantes perdidos con trajes sucios
intentando aparentar toda su fuerza ridícula y escuché
canciones que me hicieron concebir el sueño de algo
olvidado, pero ya no sabía el qué, me había gastado en años
de lucha contra todos.

Me siento en el parque y mi arma resopla y me dice
que la guerra acaba y hemos perdido pero
yo quiero seguir vivo e ir al sur, cualquier cosa que sea ese sur y esa posibilidad.

Cesar Holgado

La loca

La loca está sola,
la loca atacada,
te mira,
te odia,
la loca llora,
ríe,
la loca estará sola,
al mundo no le importará,
y es que,
si las lágrimas de la loca fueran de sangre,
loca sería,
loca y nada más,
y es que la locura le hizo débil,
fuerte,
insensata,
extraña.

Claudia Pulido

Desencanto que dueles tanto

Ay maldito desencanto
Que lastimas y revientas en llanto,
No mereces ni mi tiempo
Ni estas letras
Que hoy me duelen tanto.

Terminas volviendo,
Sin perder tu aliento,
Destruyendo lo nuevo
Reemplazándolo por el miedo;
No a todo
Sino a lo desierto,
Al árido vació del alma,
Al llanto que no calla,
Al estéril grito bajo el agua,
Al inevitable olvido,
A la nada.

Ay maldito desencanto
Que revientas en llanto,
Que terminas volviendo
Sin perder tu aliento,
Talando el paraíso que contenía mi alma
Dejando solo hojas secas y ramas,
Cambiando el cielo por el infierno
Riendo sin piedad por la tristeza que hoy siento.

Ay amor que me dueles tanto,
Gritando, gritando
Sin poder alcanzarlo,
Ay amor desalmado
En ruinas mi imperio has dejado.

Arranco y arranco
Sin poder lograrlo,
Ay maldito ardor
¿Me seguirás hasta cuándo?

Ahora ya no puedo ver tanto,
Pues en mis ojos llueve
El dolor y el desencanto,
Nublando mis días soleados,
Matando los sueños creados,
Talandos mis raíces felices
Dejando al fin a este hombre Gris y triste.

YAKSHAL

Rapaz

Muere el obrero como un perro
que salta a cazar los restos de la ciudad-maquila
bajo la embestida de los siglos.

Reventado de rabia reñido el hueso de la balanza,
moscas y buitres rondan la carroña
en pestilentes orgías circulares,
asaltan los santos umbrales del descanso,
asisten al póstumo crujido del velorio
como sombras aladas de mal agüero
y arrojan con sus patas maquinales
una palada de maldiciones
para rematar el festival del sol.

Derrama el cielo un océano de luto
sobre el pecho de la tierra
sembrada en el viento la desgracia
e intuida la Atlántida perdida.

Rayos airados despedazan
la mordaza del anochecer,
son los estruendos que agitan
el viejo tronco de la rapacidad.

Chaac Tercero

INCUBACIÓN

Recoger desde el fondo este suspenso
arraigado a cada ángulo de este cerebro
episodio tras episodio acurrucado en puntos
indescifrable condición de un puño triste
atreviéndose a estos años a sentirse vivo
para enfrentarse al miedo de dejarte en ecos
confesiones y cuentos atrapados por décadas
solo para que despierte tu mirada
solo para que cante tu garganta
solo para que al fin de cuentas
en cualquier capítulo
encuentres la salida al laberinto
encuentres tu sonrisa libre
resuelvas el acertijo
y me recuerdes
como aquel personaje
que desde tu infancia
ronda en tu memoria selectiva
como aquel día de julio
que nació tu mirada
como aquel noviembre
que miraste otro espejo...

Genoveva Ponce Naranjo

Campo de batalla

Azores cruzando vías en extinción.
Palas cavando los despojos de otras palas.
Un niño jugando con una pelota pinchada.
Al fondo una explosión.
Margaritas amargas por el beso grana
de animales buscando un sorbo de agua.
Una niña bañándose en el barro de un río seco.
Un hábitat que muere de sed.
El sol que se oculta en el ocaso sangriento
sigue presente en la madrugada tibia.
Los críos miran a lo alto buscando las estrellas.
Pero no hay nada... ¡nada!
Manos que exhalan en las sombras amor
y necesidad, se sueltan por el sudor ardiente.
El bebé que llora sin el apego paterno.
El cariño vuela, ¡vuela!
Cuando rompen el minarete de las mezquinas
derruidas, se quiebran las oraciones olvidadas.
La infancia crece sin fe, fundamento o ética.
El mundo ni cree ni ve.
Olas lejanas en la memoria que fragmentan
la esperanza al cubrirla de negro y de verde.
Los pequeños desconocen los castillos de arena.
Ninguna nueva ilusión.

Iraultza Askerría

Yo también lo pregunto

Aunque sea de jade se quiebra, aunque sea de oro se rompe,
aunque sea plumaje de quetzal se desgarrar.
Nezahualcóyotl

Si el sol se dora,
si las planicies se hacen agua,
si el alba de pronto es noche,
si la primavera al final se hiela,
si la muerte de repente
también me desconoce:
no soy
sino otro.

Todo se agotará hasta volverse fango, ceniza, arena de milenios.

Y si todo perece...

cual gotas de sudor tocadas por el fuego.

Qué decir con amargura, qué decir de mi hermano... qué decir del hombre.

Índigo Cienfuegos

Memorias del ayer

Memorias del ayer azotan
la calma aparente de un espíritu vencido.
Son demasiados los espacios vacíos ,
agujeros que ultrajan con su tristeza las horas
y las empujan hacia un vagar extraño,
como cumpliendo una especie de condena que arrastra a
los pasos dirigiéndose a ningún lugar.

La vida, llena de tormentas, pide en préstamo
palabras que otros poetas a su vez han hecho
suyas, cuando la orfandad supo también
convencerlos de su necesidad perenne.
Sin embargo, hay símbolos esquivos ,
fugas que el tiempo no detiene ,
y que con la impotencia más absoluta
admitimos como una derrota a lo esencial
que siempre nos abandona en medio
de la orfandad de tantas cosas idas.

Memorias del ayer habitan en postales
suspendidas en el aire , las almas solo
se confunden en sus silencios y la incertidumbre
cohabita con el destino más allá del horizonte
de los días que alguna vez recibieron la tibieza del sol,
y acallaron la imprudencia de risas
demasiado llenas de felicidad.

Ana Ugarte

Sin título

"El día que me muera quiero que todos sepan algo.

Amé,

amé como si fuera mi último día

como si se me cayera el cielo.

Besé,

besé como si de ese beso se fuera mi vida,

como si fuera la última vez que lo haría.

Lloré,

lloré como si pariera miles de críos,

lloré haciendo temblar el infierno.

Maldecí,

grité,

arañé,

odié con el alma,

arrastré mis pecados,

destrocé mis esquemas,

maté a mis demonios.

Fui fuego.

Recuérdense:

fui fuego,

un sol,

una estrella.

Arrasé con todo,

sentí con el alma,

con la vida,

con toda mi existencia.

Hice de cada momento especial,

de cada mirada una obra de arte,

de cada palabra,

una obra maestra,

en algunas fui Mozart, en otras

Paganini, en otras

música cristiana y metal satánico.

Recuérdense

como soy,

no en un altar

no como lo que desearían.
Soy como soy,
recuerden cada grito impulsivo,
cada llanto desequilibrado,
cada risa incontrolable,
cada secreto que no guardé,
cada promesa que rompí,
cada maldad,
cada buena acción,
cada sonrisa,
cada abrazo,
cada palabra dulce.
Recuérdense, sincera
loca,
arte,
música,
libro,
flor,
poema.
Vean un poema,
y lloren porque jamás aburriré con ellos,
pero ríen, porque les dejé este.
Sonríen, porque fui feliz,
les juro que fui feliz.
Hice de mi existencia
una iluminación.
Quizás no me recuerden en un año,
pero lo que les dure el luto,
el día que me muera
sepan esto:
Viví con el alma."

Macarena Herrera Carrera

Sigo encontrándote

Sigo encontrándote en otros gestos,
en miradas cabizbajas,
en sonrisas optimistas,
cuando menos lo imagino, cuanto más pasa el tiempo

sigo encontrándome con tu sombra
cubriéndote la espalda,
la silueta de siempre
y el abrazo que reposa sobre tu vientre

de tan cerca que andas moviéndote
pareciera que en algún momento dirás algo,
o tal vez en mi afán de inventarte
me encuentro convencido que podrías
apenas ser la de antes

sigo encontrándote en otros gestos,
en otras miradas,
en lo que me hace falta,
en un llanto sincero tras una carcajada

continuas entrometiéndote inesperadamente,
risueña y enigmática,
alcanzo a advertir tu transparencia
y allí inmiscuida se dirige tu esencia

pareciera propósito
pero lamentablemente no lo es,
es difícil distinguirte
aunque bien te haces saber

sigo encontrándote en otras miradas,
en otros gestos,
cuando menos lo imagino,
cuanto más pasa el tiempo,
y cada vez más bella.

Yair

(Viejo)

Me olvidaré de las las noches en soledad
Me olvidaré de las mantas rotas
Y de la tristeza
Dormiré los pensamientos en mi cabeza
Me desataré las botas
Y aparcaré en un sillón viejo, mi maldita edad
Colgaré mis pieles arrugadas
Dentro de un cajón
Lleno de bolas de alcanfor
Lleno de lápices sin punta
Con cuadernos sin portadas
Y alguna sensación
De haber dibujado una flor
Y una enorme pregunta
¿Me estaré muriendo o me lo imagino?
¿Será la hora de empezar el camino?
Quizás ha llegado la hora de regresar
Espero no llegar tarde
Siempre he sido muy puntual
Y este, es el mayor ritual
Aunque sea un cobarde
Llevaré un ramo de flores
La chaqueta a cuadros más vieja
Los calcetines de colores
Una camisa sin botones
Y un par de botas con crespones
Del resto como siempre, levantando la ceja
Me llevaré mis libros viejos
Me acompañarán los escándalos
De las que me tiraron los tejos
Y las pisadas amargas de amigos que lo fueron
Algunos más y otros menos
Me llevaré los recuerdos malos
De los que sufrieron
Mis excesos y venenos
Dejaré aquí mis versos

Con la carga del miedo
Eso ya no es mío, es propiedad del papel
Eso fue un último caramelo
Envuelto en silencios inmensos
Con un poco de sabor a miel
Esperaré una señal
Para cargar el equipaje
En el medio del oleaje
De este cambio esencial
Y os diré adiós a través de otros renglones
Cuando vaya viajando
Por esas Galaxias y Protones
Caminaré de vez en cuando
Por las orillas
Para que veáis que no hay rubor
En mis mejillas
Solo oiréis el llanto, de mi dolor.

Joven

La Casa Blanca

Los Padres Fundadores
saben que en Pennsylvania Avenue
ya no se repara en el olor a café
porque no es una imagen de portada;
luego no sirve, luego no existe.
Tampoco se valora en Prime Time
el crujido de la voz crítica,
porque nadie razona el relato del día,
sólo se observa su espectáculo
con embeleso de lápiz de ojos.
Luego no sirve, luego no existe.
El sueño americano se ha vuelto rubio
porque el Mayflower no era un barco;
era el rumbo a un pacto
y los nuevos dioses con derecho a voto
ya no sueñan con conceptos,
demandan la seguridad azul de los mapas.
Luego no sirve, luego no existe.
El sultán surgido de un Super Martes de noviembre
ha guardado bajo el felpudo WELLCOME
del ahora Rascacielos Blanco
la carta de derechos;
se pisa pero no se ve.
Luego no sirve, luego no existe.
Como las abstracciones seculares
que nos sacaron de las sombras de la caverna
por la ranura de las urnas;
ya no se ven,
luego no sirven, luego no existen.

Son las 7 de la mañana, hora española,
las 13:00 “en la tierra del libre y el hogar del valiente”.

A pesar de nuestro análisis,
no se aprecian cambios significativos
en el orden de nuestra cocina.
Fregamos la rutina de las tazas de café,

terminamos de colocarnos el nudo en la garganta
y, al despedirnos, nos damos crédito en un beso visible
porque el amor es una abstracción con alas de gallina.

Luego no sirve, luego no existe.

Antes de hacer pie en el ascensor,
respiramos por última vez
ese aroma de amanecer reciente
en el que ya no se repara en la Casa Blanca.

—Cariño, se me olvidaba:
te espero dentro de cuatro años
con nuestra idea de amor y nación
a la salida de la caverna.

Praxinoscopio

Tirano

El que divide la torta
me ha nombrado presidiario
tan solo por ser contrario
a pensar según lo exhorta.

No sabe su visión corta
que el sol renace a diario.
Cada quien sabe su horario
y cual estandarte porta.

Pues mi vida poco importa
en este andar temporario
y al mal sueño milenario
siempre el tiempo, se le acorta.

Santiago Ernesto Muller

Microrrelato

Gris futuro

Despertar del letargo y descubrir que ya nada es igual. Eso es lo que él sintió en el mismo momento en que abrió los ojos esa mañana.

¿Hogares? Sólo casas grises, altas y apiladas. ¿Comunicación? Sólo mediante aparatos, nadie hablaba ya. Todo el mundo parecía tener tanta prisa... Sólo aquella niña que recogía flores en un pequeño penacho de hierba entre el abundante gris parecía feliz. Por supuesto, nadie había reparado en ello. Todos marchaban a toda prisa de un lado a otro. Hubo alguna persona que incluso estuvo a punto de pisarla. Por suerte, ella se dio cuenta, ya que no era como el resto. Ella sí reparaba en lo que hacían los demás, a ella sí la importaba lo que a otros no les importaba en absoluto.

... Por desgracia, cuando la vio 25 años después no era más que otra hormiga más participando en esta marabunta a la que llaman sociedad.

CiegaQueMira

La casa

Acababa de colocar el último ladrillo en uno de los tapias del patio. En el parque de entrada los pinos, que dejaban caer sus ramas sobre la piscina, se inclinaban al ritmo del viento. Bajo la tenue llovizna miró orgulloso la obra recién concluida: la lujosa mansión estaba lista para ser habitada por sus dueños. Se marchó con el sobre entre sus lastimadas manos.

Llegó a su hogar; el frío se colaba por los orificios en las paredes del rancho. “Terminamos con el palacio, el patrón me pagó lo que quedaba”, le dijo a su mujer que lo recibió con un abrazo. Y mientras miraba el agua gotear desde las rajadas chapas del techo, el joven pero ya envejecido albañil dejó correr un par de lágrimas por sus mejillas.

Juan Luís Henares

Repelús y orgullo

Tuve miedo como no lo he tenido jamás, pero no quise que mi madre y mis hermanas me creyesen cobarde. Así que tomé aire, me deslicé hasta la sala y le dije al abuelo Luis -que estaba sentado en su sillón- que cogiera juicio, se dejara de pilatunas y se metiera definitivamente en el ataúd, que aceptara su muerte como un hecho cierto y no siguiera alterando torticeramente la vida de los demás. Después de gruñir y de patalear como un crío, el finado aceptó mi moción no sin antes haberme prometer solemnemente que sembraría un árbol al pie de su tumba e iría los domingos a leerle las novelas de don Ramón. Conjurado el peligro, volví a mi cuarto y, con mucha sutileza para no despertarla -había tenido un día pesado y el siguiente lo sería aún más por mor de mi nacimiento-, levanté el sayo de mi madre y retorné a su vientre, con el repelús a flor de piel y el orgullo que infunde el deber cumplido.

Runchachía

Tinta negra

Una mancha negra nace en el bolsillo de la chaqueta blanca del Dictador al cruzar la puerta de la sala. Ministros y consejeros esperan de pie, en perfecta formación. Intercambian miradas y silencios. El Dictador -paso firme, mirada alta-, camina ante ellos en dirección a la mesa. Les cuesta mantener los ojos frente a sus ojos y no bajarlos hasta el baldón que a la altura del pecho crece y zigzaguea entre el bosque de medallas. El jefe de protocolo, con la gravedad requerida por el acto, coloca el documento a firmar sobre el escritorio. La mancha continúa su carrera a toda velocidad, como si huyera. Incluso una gota cae sobre la mesa. Nadie, sin embargo, se atreve a una mínima reacción. El Dictador, impasible, saca la pluma del bolsillo: es el último sorprendido ante la falta de tinta con la que firmar una nueva sentencia de muerte.

Pascasio

Desatino

Vivimos en un mundo en que todo funciona al revés del error. La idea consiste: básicamente en buscar más allá de lo comúnmente establecido. Y, eso, está siendo nuestro mayor desatino. El que nos está sumergiendo en el pozo de la desgracia propia. Esa por la que somos infelices sin saberlo. Esa por la que repetimos lo dicho sin apenas percatarnos de ello. Somos prisioneros de nuestra creación. De nuestra vida. De nuestra muerte. La que nos visita cada día para saber si hay noticias. Es decir, para alcanzar el clímax de la enfermedad. La enfermedad conyugal que siempre nos dirá que no somos idiotas. Sencillamente, esclavos de una vida por vivir.

Ethan Edwards

Grandes ofertas

La voz de las nuevas ofertas para estas navidades llegaba a cada rincón del gran centro comercial a través de la megafonía:

Estas navidades regáله las piernas de la marca 22 kisses. También puede aprovechar las últimas ofertas de culos que nos trae la nueva colección de Boombu.

Aproveche también nuestras ofertas para renovar su cerebro con el último modelo de Limbic Brain L.B.

¿Quiere dar un giro en las relaciones con su pareja? Acuda a la Guarida del León en donde encontrará los mejores penes del mercado. Y para ellas, las últimas ofertas en todo tipo de pechos de la marca Double Triangle Bros.

Y como no, en la sección de emociones encontrará una amplia variedad de ofertas: desde la felicidad de Hygge hasta la diversión de Ent.

Y no se olvide de la gran novedad para esta temporada: ¡Su propia libertad por tan sólo 49,99€!

A partir del 10 de Diciembre abrimos también los sábados y domingos. Aproveche todas nuestras ofertas. ¡No sea estúpido!

Marcos Diaz Prado

Oráculo de fin de año

La hoja de libreta, abarrotada de signos matemáticos (y no matemáticos) pasa de mano en mano. Urge el resultado final. En la oficina, todos concuerdan—no sé por qué – en que descifrando dicho acertijo, se conocerá el futuro económico de La Empresa para el próximo año.

Tanta algarabía atrae la atención del jefe, que luego de averiguar el asunto, ya con el papel en el buró, no duda en estampar su punto de vista sobre toda la página:

∅

Luis de la cruz

Cuento

Fantasmas

Se escuchaban canciones. Sonaban martillazos. Disparos de realidad que congelan el alma en una mañana cualquiera de un noviembre sin calefacción.

Como el ruido de la masa, perdidos y disueltas como las gotas de humedad y frío que se contienen a deshacerse. Temprano, no recuerdo la hora. La esencia de un día que rompe poco a poco con su paso, en un rincón perdido de este laberinto humano convertido en ciudad. Hoy es un día más, otra mañana más, otro pedazo de tiempo que se almacena como una mera cantidad sin nombre en una agenda cualquiera, en un borratajo que frota y desgasta su pálido papel. El otoño ya ha llegado y ahora cuesta demasiado proteger el templado pulso que respira en los adentros. Las calles vacías, tocadas y hundidas por el agua que se deshace entre las grietas del pavimento, y entretanto, la oscuridad incandescente se apodera de la rutina a través de las luces molestas de los focos de algún coche que se abre paso entre la lluvia y los atascos. Autobuses y silencio, demasiado sueño en las legañas como para que podamos decirnos ni una sola palabra. Tantas vidas anónimas, tantas historias comunes, tantos relatos perdidos entre la multitud y el dinero.

En esta ciudad, en estas calles que algún día serán solo un recuerdo, un pesamiento almacenado en alguna de las grietas de energía de un puñado de folios encuadernados. En las próximas semanas solo seré una huella, un fantasma vacío que quizás no sepa ni como seguir deambulando por el asfalto, y tal vez, lo único que me quede de estos días sean las frases vacías que hoy llenan este cuaderno. Aquellos retratos literarios de lo que un día fuí, aquellas poesías de lo que quise ser. Para eso las guardo, para protegerlas del reloj, para abrigo contra el frío del olvido, contra el destierro a bajo cero. Como aquella tristeza que solo una canción me puede hacer soportar, la magia misteriosa de ese ritmo que hace estremecer la agitada piel de quien una mañana quiso ser algo más.

Perros, correas, amos y multitud. Ni siquiera pueden sentir más de dos pasos sin que una voz intensa les suelte otra nueva réplica. Madrugones, atascos, flores congeladas en medio del asfalto y la realidad. Aquí, en un lugar donde mis cuerdas no pueden enunciar demasiadas palabras. Conceptos protegidos en unas líneas, en un intento de romper con el aislamiento y la incomunicación a la que nos vemos sometidas en un nuevo otoño. La nostalgia, la memoria, la esencia de todo aquello

que somos. Puñetazos de realidad, entre folios, paraguas, alcantarillas y tristeza silenciada. Susurros que se escapan, camuflados entre la prisa y la rutina, entre fábricas, correas y bibliotecas de universidad. En esta gran ciudad, donde nadie conoce a nadie, donde anónimas vagan entre una multitud forjada a base de cadenas y dosis incandescentes de ansiedad.

Como una tormenta, los problemas aparecen cuando menos te lo esperas, empapando la calma y agitando las aguas de las entrañas y del instinto. Fantasmas del caos, demonios azules que esperan al acecho de un nuevo hueco en la derrota de mi muralla. Aún recuerdo aquellos días, aquellas tempestades que me pillaron sin chubasquero. Llevaba libros, hojas y no se cuantas cosas más. Tampoco importa demasiado eso. La fuerza del cielo hizo que todo se llenase de humedad, y al llegar a casa no pude recuperar apenas un par de folios que ahora intento recomponer entre velas y manchas de tinta.

Todo parecía tranquilo, la gente seguía su cauce y en los supermercados solo había normalidad. Las naranjas en su sitio, las conservas en su estante y el pan recién horneado. Todo en orden. Los policías custodiaban el almacén en busca del robo, del delito, de la expropiación y el hurto, y aquella señora no tenía dinero para llevarse algo de comer a la boca. Pero tenía hambre y tampoco había ninguna huerta cerca, y así, no quiso esperar más para tomar lo que necesitaba.

Un pájaro se apoya en una silla de plástico mientras observa a su alrededor la cara de sus vecinas, las cabezas de quienes habitamos aquí. Vivíamos cerca pero estábamos muy lejos, y quizás nos apetecía hablar, pero nunca lo hicimos y tampoco me arrepiento de nada. Al fin y al cabo creo que no tenías nada interesante que contarme. Les pasa a tantas. No me queda dinero para comprar más libros y en las bibliotecas no encuentro los que necesito. Desearía robarlos en alguno de sus grandes almacenes, pero cuando me dispongo a hacerlo me entra un temblor en todo el cuerpo que no se ni como reaccionar. Agacho la cabeza, me trago el sabor amargo de la derrota y continúo como si no hubiese pasado nada.

Aquí las personas suelen ser amables y la humildad se deja ver más de lo que aparece en la tierra que me vió crecer. Como si se tratase de una partida de escondite, por mí y por todas mis compañeras, y así, solo así podemos seguir jugando, disfrutando de las tardes de parque y ausencia de obligaciones. Dulces, elegancia, suavidad, aquello que me trasmite lo poco que logro percibir de esta misteriosa y fascinante cultura que aún desconozco demasiado. Esta delicada lengua que habla sin agresividad, que suelta frases con un flujo agradable de energía positiva, palabras que algunas vecinas me regalan con una sonrisa en su cara.

Aún recuerdo aquella tarde de entresemana en ese parque sombrío. No se ya si era la tercera o la cuarta, pero eso no es lo que quise llevarme de aquel instante. Los perros jugaban y aquella niña se acercó a preguntarme sobre mi procedencia. Que-

ría saber de dónde había llegado aquel ser extraño que se dedicaba a desafiar a la gravedad en medio de la aburrida multitud de conformidad y automatización que conformaba lo cotidiano. Tras mi respuesta ella se llevó las manos a la cabeza y tampoco supe muy bien cómo reaccionar. Sentí decepción pero también honestidad, aquella niña de tal vez cuatro o cinco años me demostró mucho más que tantas otras que no son capaces de decir nada diferente de las mentiras, apariencias y conformismo que impregna todo. Esa sensación de realismo tan cierta que es demasiado difícil desprenderse de ella. Esa expresión en su mirada no era prejuicio, sólo realidad profunda, un grito contra la superioridad cotidiana de quienes ignoran a quien tienen tan cerca, que desprecian y silencian como si fuesen una maldita botella rota en el fondo de un contenedor de vidrio de las calles agrietadas de este lugar.

Tráfico, autobuses, paradas. Sentado escribo mientras una señora agita sus manos y golpea sus cansadas piernas mientras espera al 726. Otra tarde más, otro instante expropiado, el sol se esconde tras aquel edificio y el gélido aire nos atrapa entre las avenidas y la multitud. El poder acecha, en cada esquina, en cada parque, tan cotidiano, tan transversal, tan cercano que ni siquiera podemos palparlo. Como un fantasma, se apodera de nuestros deseos, de nuestras pasiones. Cadenas, óxido y miradas fugaces.

Desearía verlo todo arder, pero el miedo y la comodidad me han vuelto a sepultar otra vez más. Me meto en la cama, el vértigo se apodera de mi cuerpo y mi cabeza me susurra que quizás mañana podamos hacer algo mejor. Mientras tanto, intento dormir entre las páginas de algún libro, entre las sábanas de alguna idea que me proporciona algo de equilibrio. Dosis de complacencia, fantasmas de dolor, sonrisas y deseos. Vivir despierto para que los sueños se puedan hacer realidad, para que las ideas se vuelvan acciones bellas y llenas de amor, cargadas de energía, fuerza y caos.

Quisimos ganar la guerra pero tu no estabas, ya ni siquiera sé dónde encontrarte. No sé si merece la pena seguir buscándote aquí, en estas calles, en estos barrios, donde todo sigue igual día tras día. Fantasmas y humedad se esconden en el sol, su reflejo, su sombra, su olor a nada.

Niebla

Rumbo desconocido

Faltaban cinco minutos para las veintiuna; sentado a mi derecha Roberto controlaba atento, tanto por su ventanilla como por el parabrisas, que todo se encontrara en orden en el camino. Lo notaba algo tenso, a pesar de que éste era un viaje más

de los tantos que hacíamos en el furgón de la empresa. Trabajábamos para un famoso laboratorio alemán, conocido tanto por sus productos como por sus conexiones con el poder, las que venían desde los vínculos con el gobierno nazi en la primera mitad del siglo XX. Atrás, sentados entre la carga, dos guardias armados eran nuestros compañeros de viaje. Por cuestiones de seguridad, no informaban a los empleados sobre el contenido de los cargamentos, ya que temían fugas de información; pero Roberto lo conocía. Él era el duro de la fábrica, la mano derecha del gerente que se encargaba de hacer los trabajos sucios, de apretar a quienes no aceptaban las reglas de juego impuestas por la patronal. Se decía que fue quien mató al delegado gremial, el que apareció degollado en un callejón cercano a la fábrica; el pobre tipo había defendido a unos empleados despedidos, motivo suficiente para ser eliminado.

La ruta estaba casi en penumbras; de pronto, al costado del camino divisé un auto con su luz de posición encendida, tensioné mis músculos y me afirmé al volante. Desaceleré, Roberto miró mi pie derecho, y en ese preciso instante dos coches oscuros nos cerraron el paso. El protocolo de la empresa indicaba acelerar para golpearlos y pasar entre ambos, pero yo frené... Mi acompañante gritó “¿qué hacés idiota?”, pero se abrió mi puerta, aparecieron dos personas con sus caras cubiertas con pasamontañas (estilo Subcomandante Marcos) y con armas que apuntaban a nuestras cabezas. Nos sacaron del vehículo a los empujones y fuimos a la parte trasera; gritaron a los guardias para que abrieran las puertas, pero éstos se negaron. “No abran, es una orden”, fue lo último que dijo Roberto; se escuchó un sonido seco y apagado, noté que la sangre brotaba de su cabeza y salpicaba mi ropa. Se desplomó al piso, sin vida, y el que disparó apoyó ahora su pistola sobre mi sien; les imploré a mis compañeros que por favor abrieran, lloraba y les decía que no quería morir. Por fin lo hicieron...

Los medios de comunicación escribieron a raudales sobre la noticia; uno de los diarios más leídos expresó: “Miembros de una organización terrorista robaron diez mil dosis de vacunas. Iban a ser repartidas en centros de salud para vacunación gratuita de niños pobres. Mataron salvajemente al jefe de seguridad, dos guardias fueron drogados y maniatados. Se recuperan favorablemente”. En la primera página, un texto resaltado: “Ernesto Manuel Soto, 42 años, 1.78 metros, 80 kilogramos. Terrorista infiltrado en la empresa”. Sobre él mi fotografía, con cabello enrulado y barba. Todos repetían historias similares.

Pero un medio de los llamados alternativos, creo que anarquista, reprodujo un comunicado de una organización clandestina llamada Un mundo para todos; en él

manifestaban: “Todas las vidas humanas tienen el mismo valor. Con el fin de asegurar el acceso irrestricto del pueblo a la salud, recuperamos diez mil dosis de una secreta vacuna contra el SIDA, destinadas a la comercialización entre las elites del poder, a un valor aproximado a los veinte mil dólares cada una. Estas dosis serán distribuidas gratuitamente entre los enfermos de todo el mundo, especialmente de África, salvando miles de vidas inocentes.”

Esboqué una sonrisa; pasé la mano por mi afeitado rostro y la rapada cabeza, ajusté el nudo de la corbata y me coloqué los lentes. Guardé en el bolsillo del traje mi pasaporte a nombre de Charles Calthrop, y me dispuse a dormir en el asiento de primera clase del vuelo de American Airlines... con rumbo desconocido.

Juan Luís Henares

Los ojos de la noche

Cuando tomó el atajo para llegar a casa a la hora, ni siquiera se fijó en que aquellas calles estaban apenas iluminadas. Magali acababa de salir de la discoteca y aún caminaba dentro de una nube. Seguía tarareando la canción que le había dedicado el DJ y que ella había bailado totalmente entregada a la música, mientras iba notando que aquel chico le gustaba cada vez más. Se sonrió al recordar cómo había alabado su pelo negro y los ojos y su voz. Él sí que tenía una voz bonita, se dijo.

Al llegar al primer cruce se acordó de nuevo de su padre, que la esperaba sentado muy recto en su sillón de la sala, como siempre. Tenía que darse prisa. Por eso tomó aquella callejuela oscura y vacía sin pensarlo. Se veía como una especie de cenicienta obligada a abandonar la fiesta cuando mejor lo estaba pasando. Volvió a sentir rabia, como todas las noches de los sábados, por no tener más independencia, y se lamentó de no poder quedarse con sus amigas más tiempo y de que su padre se empeñase en que ella fuera diferente a las demás.

- Negra de mierda, te vas a enterar...

Había llegado el momento de la verdad, su bautismo de fuego, como le habían dicho. La chica caminaba sola, confiada. Una presa perfecta. Sandra sintió un escalofrío e intentó disimular la mueca de desconcierto y disgusto que empezaba a dibujarse en su rostro. Aquella vez todo iba en serio. Hasta ese momento no había podido participar en ninguna cacería y había estado deseando que llegara su oportunidad. Le gustaba recorrer las calles con sus nuevos hermanos. Esos sí que eran familia. Salía con ellos; ellos la esperaban. Se tomaban cubatas en la trasera de la catedral, contaban chistes muy bestias y después se iban a tomar la ciudad. Había

sido capaz de destrozar una marquesina con su bate recién estrenado y se sentía poderosa porque podía aterrorizar con sus insultos y volcar un contenedor, si le apetecía. Caminaba decidida con sus botas paramilitares y se sonreía al acariciar la suavidad de su cabeza rapada. Ya no se sentía insatisfecha cuando se miraba en el espejo ni se había vuelto a quedar sola en casa los sábados. Ahora tenía una misión importante. Ellos eran los encargados de limpiar el barrio de los parásitos que lo estaban invadiendo, como la negra esa a la que perseguían. Que se fuera a su país.

Al principio Magali no quiso creer lo que acababa de oír. Quiso pensar que se había equivocado, pero el corazón comenzó a golpearle dentro con insistencia sin atender a las palabras que se susurraba a sí misma para tranquilizarse. No se atrevía a mirar hacia atrás, pero sabía que al menos eran cinco los que la seguían. Podía oír cómo los pasos a su espalda resonaban cada vez con más fuerza en el asfalto y las risas y los insultos se volvían más amenazadores. Que se fuera a su país... Ella ya estaba en su país, allí era donde había nacido.

En las casas a ambos lados de la calle todo estaba en silencio. No se veía en ellas ninguna luz que pudiera servirle de esperanza. Apenas había coches aparcados junto a las aceras y la calle estaba desierta. Nunca antes se había metido por aquella zona y, de pronto, se percató de su inconsciencia y de su estupidez por haber elegido aquel camino. Su padre le había advertido continuamente de las precauciones que una chica como ella debía tomar. Una chica como ella... Ella era como las demás. Muchas veces lo había discutido con su padre y le había odiado por su intransigencia. Quiso gritar pero se dio cuenta de que nadie acudiría en su ayuda. Todo parecía abandonado. Aceleró el paso. Si llegaba a la esquina y torcía a la derecha los despistaría, seguro.

Mientras la seguían, con los bates camuflados aún en las mangas de sus cazadoras, lanzaban potentes risotadas y procuraban que sus pasos percutieran insistentemente en la calle vacía y sin luz, disfrutando de cada segundo de tortura. Seguro que estaba cagada de miedo. Le explicaron a Sandra que debía esperar al final del callejón de la derecha. Ellos irían acorralando a la negra hasta empujarla hacia allá. Entonces se despacharían a gusto.

- Vete preparándote, esta es para ti. Hoy es tu día de suerte.

Cuando se quedó sola comenzó a sentir una fuerte presión en las sienes y se aferró con más fuerza al bate, como si fuese un timón que pudiera sacarla de aquello; sin embargo, sólo consiguió que una intensa quemazón le hiriera la mano y que en su interior comenzara a fluir el desesperado deseo de la huida. Miró hacia todos los lados. El callejón no tenía salida y las puertas de las casas estaban cerradas. Tendría que esperar. El silencio le zumbaba en la cabeza. Sentía como si, a través de

un oído, una oruga hubiera entrado en su cerebro y se entretuviera mordisqueando todos los rincones. Todo a su alrededor estaba lleno de suciedad y abandono, pero le pareció que las casas estaban vivas y que, desde sus ventanas desvencijadas y negras, alguien escrutaba todos sus movimientos. Se encontraba igual que en una de esas pesadillas que la atormentaban por las noches, en las que siempre estaba sola y algo terrible acababa ocurriéndole. Pero ahora no podía ponerse a llorar.

Magali caminaba con paso más rápido y continuamente se tropezaba por culpa de los tacones. La calle se le hacía interminable. Sin embargo, no se atrevía a echarse a correr porque pensaba que entonces caerían sobre ella más pronto. No podía evitar preguntarse qué le iba a pasar luego. Su padre tenía razón. Era demasiado confiada y se engañaba al pensar que su vida era como la de otras chicas. Siempre encontraba a alguien que la miraba con extrañeza o con desprecio. Ni siquiera podía confiar en el chico de la discoteca, ni en sus amigas que a veces se olvidaban de llamarla. Su padre estaría sentado en la sala poniéndose cada vez más nervioso. Seguro que le daba una bofetada por llegar tarde, pero ya no le importaba ese golpe. Sólo deseaba poder estar allí. No podía imaginar qué le iban a hacer. Toda la calle se veía borrosa a través de las lágrimas y la sensación de ahogo hacía más difíciles sus movimientos. La oscuridad lo envolvía todo como una mortaja. Se quitó los zapatos y se lanzó a una carrera desesperada. Tenía que correr. Llegar a la esquina antes que ellos. Cuando se metió en el callejón descubrió con horror que no tenía salida y que uno de los chicos la esperaba con el bate levantado mirándola con odio. Nunca olvidaría aquella mirada.

Sandra supo que ya estaban cerca, cuando oyó las risas de sus amigos. Debía demostrar que era uno de ellos, no había que pensar, sólo hacer..., huir, no pensar, machacar, dejar que el odio la invadiera, no pensar, se lo tenía merecido..., el dolor, las quejas, no pensar..., las súplicas, escapar, el sonido seco de los golpes, el crujido de los huesos, el dolor, no pensar..., sólo actuar, la sangre, las patadas, no pensar, no pensar..., era uno de ellos. Le pareció que el alma se le estuviera desgarrando. En la espera los minutos se convirtieron en horas y una extraña tiritona se fue apoderando de ella, a pesar de que gruesas gotas de sudor rodaban desde su frente. Miró el reloj cien veces deseando escapar otras tantas y cuando, por fin, vio que la negra se acercaba corriendo despavorida hacia el callejón, como un animal perseguido, reconoció en sus ojos los suyos propios, abiertos a un abismo, y el mismo temblor en todo su cuerpo, la misma sensación de ahogo, idéntica desesperación.

Amalia García Fuertes

Domund

Yo era un niño normal y entrado en carnes, mis amigos me llamaban “el Boli”, pero nunca me importó y siempre pensé que ese apodo era fruto de la envidia de otros niños faltos de cariño y cuidados maternos. A mi nunca me gustó demasiado la “clase de los misterios”, así es como llamaba yo a la clase de religión cristiana por aquel entonces.

Mientras yo cursaba el extinto 5º de EGB en el Colegio Público Fernando de Rojas en Gamonal aquella vieja y violenta profesora de religión, que hacia uso de su anillo para meter buenos coscorriones en la cabeza de los que osaban perturbar su orden, nos presentó aquella cosa llamada “Domund”. El “Domund” era diferente, ya no era un misterio, era algo real, no había tres personas en una o extrañas e irresolubles paradojas que no conducían a nada. Se trataba de recaudar fondos para los niños que pasaban hambre, en la China, en América o en África, mediante unas huchas selladas y unas pequeñas pegatinas que se ponían al amable contribuyente. Desde el primer instante que entendí la idea me decidí a secundarla activamente, cogí una de aquellas cestas, lié a un par de amigos y fui un grandísimo cabrón. Me dediqué a atosigar, acosar y perseguir a todo adulto viviente que se cruzaba en mi camino, daba igual si eran familia, vecinos o desconocidos, escudriñaba los entresijos sociales de aquellos que manejaban el parné desde mi infantil punto de vista y lo explotaba como si no hubiese mañana. Yo, si yo, iba a salvar a esos pobre niños faltos de cariño y cuidados maternos. A finales de aquella dura semana mi hucha pesaba más que ninguna en 10 kilómetros a la redonda, estoy seguro, era la última tarde de la campaña y había quedado con mis colegas de fatigas, ellos no se esforzaban tanto como yo en esto ya que era yo el que gozaba de toda la iniciativa, pero eran mis colegas y desde el principio estuvieron conmigo en esto.

Subí a casa de mi amigo y mientras hablábamos en su habitación de por donde iríamos a recaudar más dinero para esos pobres niños que pasan hambre irrumpió el hermano mayor de mi amigo, a ese saco de granos pajilleros sin escrúpulos cuando vio la hucha se le iluminaron los ojos, ese desgraciado no tardo mucho en persuadir a los imbéciles de mis amigos para abrir la hucha y repartir el botín a partes iguales, el discurso que aplicaba vilmente contra los adultos no sirvió de nada contra ese atajo de desgraciados que decidieron dividir la hucha a partes iguales pese a mi firme oposición. Para colmo mis principios y mi decisión de dejar mi parte integra en la hucha los sirvió a ellos para no tener que dejar apenas

nada para disimular. Para mi aquella tarde fue traumática, dicen que los traumas infantiles dejan huella para toda la vida y os aseguro que este lo dejó en mi. Mientras mis amigos disfrutaban del botín y adquirirían todo tipo de material lúdico infantil, pasteles, golosinas... yo me devanaba los sesos ante una de las peores decisiones a las que recuerdo haberme enfrentado, dejar a esos pobres niños morir de hambre o chivarme de los cabrones de mis amigos mientras me acompañaba un sentimiento de frustración y un desengaño social que aún hoy sigo teniendo, aquella tarde marcaría un antes y un después.

La vida continuó y mi cartón político se iba componiendo mientras cursaba 1º de Bachillerato, me asediaban ideas socialistas, antifascistas y utópicas, pero seguía viendo con buenos ojos esa campaña eclesiástica llamada “Domund”, ignoraba como ignoraba el común de los mortales que aquel día a mi oídos llegaría una impactante noticia: El “Domund”, ese dinero que iba destinado a los pobrecitos niños del África, China o América, que pasaban hambre había sido ingresado en una entidad llamada Gescartera. Gescartera era una estafa piramidal, se buscaban tontos con dinero que fruto de su avaricia e ignorancia quisiesen invertir en algo aparentemente rentable y lo comentasen con otros tontos con dinero. Mientras esa noticia pasaba sin pena ni gloria por las cabeceras de los informativos a mi me dejó noqueado meses, mis incipientes cimientos éticos se desmoronaban completamente. Fue la primera vez que sentí haber sido explotado y engañado, reproducía una y otra vez mi corto pasado sin encontrar una solución mejor con la que evitase ser el tonto de esta historia y a la vez no sentirme avergonzado de ser quien era. El fruto de mi trabajo e ilusión había ido a parar a lo más podrido de mi sociedad, aún hoy tengo presentes estos sentimientos y lamentablemente los reproduzco pese a mis esfuerzos por evitarlo, aún hoy veo oportunistas explotadores, los veo en todos los lados, incluso en los sitios más insospechados.

el Boli

Entropía

El colapso es general. Los siete jinetes del Dow Jones están prestos a desatar los primeros estragos. Bwin se presenta con un multimillonario contrato bajo el brazo con la intención de patrocinar este singular acontecimiento, aunque el mismo es desestimado por los hombres Omega, quienes argumentan que no les apetece relacionar su imagen con juegos de azar... No es un buen ejemplo para la familia. UNICEF gana la pulseada y por el momento es Sponsor oficial del caos. Si bien la suma de dinero invertida es inconmensurable, el Plan de Restablecimiento Financiero Interno diseñado por el precoz gerente de la institución, promete recupe-

rar con creces la cuantiosa inversión. La propuesta es instalar cincuenta burdeles Sub-18, a dividir entre Ruanda, Somalia y Zambia.

- Es una forma rápida, segura y divertida de traer nuevos capitales- Asegura el gerente.

La solvencia de la empresa estaba garantizada.

- La acción más sensata es comprar bonos del tesoro, porque el derrumbe de los mercados es inminente. Van a perderlo todo y en fracciones de segundo si no actúan desde ahora.

Les aconsejo invertir en deuda soberana, es una opción inteligente. Deben entender que los ahorros son inestables, los bancos ya no son seguros, no hay liquidez. Y a los militantes de la fe, les digo: La religión no tiene pruebas empíricas sobre la existencia del infierno socialista que describe, en el cual todos sufriremos eternamente en colosales calderas de azufre. Abran los ojos, apuesten a Bonos a cincuenta años, acumulen riquezas, que nadie puede asegurarles que en el Tártaro no existan salones VIP - Dijo Alessandro Rattari a través de C5N.

Las declaraciones del corredor de bolsa calan hondo en los pensamientos de Jorge, que decide llevar a su hijo Julián, de 17 años de edad, a probar suerte en las inferiores de Estudiantes, pero en las canchas el pibe no es bueno y además, según el calendario futbolístico, su senectud avanzada es motivo suficiente para la expulsión inmediata.

Los hijos mayores de Jorge sufren de lumbalgia, tendinitis y saturnismo. En tan magras condiciones de salud no le sirven a nadie, solo el más pequeño puede salvar a la familia.

Jorge introduce a su hijo en los desvencijados estudios del canal 88 para ocupar la vacante de nogal humano en un programa infantil conducido por una Ex Pornstar hemofílica.

En un rapto de locura, Julián asesina en vivo a la conductora Soft Porno asestándole 16 puñaladas por haberlo llamado “Perdedor” ante las cámaras, e inmediatamente, se suicida propiciándose un balazo en la boca con el arma de uno de los productores, sin entender muy bien porque lo hacia.

El resultado es asombroso: Dos millones de visitas en Youtube en la primera media hora. El nuevo Axe 2012 Maya’s Redemption patrocina las imágenes.

- El mundo esta así por culpa de esta gente- comentó a su Julieta de turno un empresario joven, exitoso y proxeneta en medio de su fiesta Gancia de \$10.523 a la cual solo asisten siete personas, como consecuencia de los graves problemas informáticos.

Las búsquedas “Muerte en vivo” “Animales divertidos” “Bonos del Tesoro” y “Culos Salvajes” saturan la red por tiempo indefinido y el pánico se generaliza.

Las plataformas de comunicación generan enormes desastres. Por este motivo Corea del Norte cierra el dialogo y amenaza con reducir a cenizas a Corea del Sur, argumentando que Park Ji Sung les pertenece. Takahara sufre al no ser reclamado por nadie.

Las grandes cadenas de televisión mantienen en vilo a los incautos.

- Damas y caballeros, son tiempos difíciles y estamos ante un evento histórico. Grecia será rematada. Recuerde, amigo mío, que de ser usted el propietario de tamaño inmueble, podrá residir en el Partenón, copular en el Templo de Apolo y lo mejor de todo: Embriagarse con Champagne en la Torre de los Vientos, ya que la oferta incluye un pack de Mumm. Deje que su fortuna lo convierta en Dionisio. Además, las utilidades por Tour están 100% garantizadas.

Zapping.

- Doctor Silvio ¿Qué opinión le merece lo que esta sucediendo con Grecia?

- Non capisco nulla di politica, ma tu sei molto bella. – Y el doctor escapa en su Alfa Romeo conducido por un ajado ex integrante de New Kids on the Blocks, rumbo al Aeropuerto.

Ninguna de estas noticias llega a los oídos de Akadjé Kdoumbe, la total escasez de crónicas periodísticas le permite soñar, entre diamantes y barro, con la libertad, pero un sobrino del magnate dueño de las tierras, se interpone entre el y sus cavilaciones y le comunica que de trabajar mas duro, la compañía le obsequiará un Sony Genezi para sorprender a sus hijos con sus canciones favoritas.

Akadje ya no piensa en la libertad. Cava profundo. Cava y sueña con ver a sus chicos jugando mientras las interminables y coloridas semifusas de Doudou N'diaye Rose los acarician. Continúa cavando, espera y envejece segundo a segundo. Cava y finalmente muere de tuberculosis y angustia en una tarde anónima. Sus hijos se lamentan en el más crudo silencio.

- No, la música africana no me va, me cuelga. Eso dejalo para los negros que bailan bien desde la cuna. Yo tengo puro Rock y Metal en la sangre, que es lo único que no se vende, amigo – Decía Juan José entre sonrisas mientras extraía de su bolsillo derecho una tarjeta de crédito y la entregaba con suficiencia al diminuto vendedor Chill Out.

La transacción se completa satisfactoriamente y el joven pentatónico, se alza con la nueva Gibson SG Diamond Aniversario por el módico precio de US\$15.999.

- ¡Muerte al sistema, larga vida a Van Halen! – Exclama Juan José con una sonrisa inquebrantable, mientras salía del local.

- ¡A tocar que se acaba el mundo! – Responde el vendedor con entusiasmo.

Una hora mas tarde el joven despachante es despedido por reducción de personal. El mundo no estaba para jodas.

Mucho menos en Moscú, ciudad ahora incinerada por grupos de ultra derecha que pregonan: “Con Hitler estábamos mejor”. La piromaniaca acción es celebrada en las principales calles de Berlín por precoces fanáticos de Rammstein que acaban de enterarse que Rusia no es un continente.

Viendo estas inusitadas imágenes en su nuevo Samsung de 96 pulgadas, Maximiliano Comparsa declara por videoconferencia:

- Los jóvenes asexuados se están expresando. Son los vástagos olvidados por el mundo y por eso debemos estar atentos a sus acciones y no criticarlos. Marchan sin dirección porque no tienen la capacidad de comprender el problema, ya que el sistema educativo los relegó, pero se sienten extasiados al ser parte de un acontecimiento de tamaña extensión. La juventud esta movilizándose y en lo particular, celebros este evento. Nosotros trabajamos desde hace años a través de los Derechos Humanos para darles guarida y confort espiritual. Todo ser humano tiene derecho expresarse, así como también, a no morir a manos del terrorismo de estado, a no padecer vejaciones, a no ser víctima de la crueldad de la ignorancia y la intolerancia, a poseer mil hectáreas, catorce cuentas bancarias y la libertad de explotar los recursos foráneos. Estamos peleando férreamente para que la humanidad sea mas justa.

En el televisor de Andrea, la videoconferencia es interrumpida por un aviso comercial. Nike anuncia al mundo que saldrán al mercado las nuevas zapatillas IQ, el calzado inteligente que será capaz de suplir la lectura y Andrea ya se imagina en París, paseando con sus esplendorosas zapatillas. Se siente amada, bella, poderosa, pero sabe que a nadie le interesa, porque ella no podrá comprarlas jamás.

Tampoco podrán agrandar sus piletas los Rottweilers de la propiedad intelectual, ya que las ediciones de Nietzsche no venden nada últimamente y lo más probable es que sea por culpa de Foucault, que es la nueva sensación PDF. Prefieren no pensar que es lo que sucederá cuando se lancen las nuevas plantillas “Chuck Palahniuk”. Los Hombre-Copyright no quieren pensar que tendrán que hacer malabares para pagar la luz.

- La energía eléctrica esta al borde del colapso. Pedimos prudencia a todos los ciudadanos. Pedimos valor, una cuota de altruismo. Para que no nos quedemos a oscuras y regresemos irremediamente a los tiempos de Genserico, solicitamos que quienes tengan familiares internados y en estado vegetativo, consideren la posibilidad de desconectarlos, ya que los respiradores consumen demasiada energía. Los Generadores, los Ohmetros y los casinos se lo agradecerán eternamente. Muchas gracias – Comunica por cadena nacional uno de los líderes de Tractebel en compañía del Doctor Strauss

- En vez de manguear tanto ¿Por qué no apagan esas luces de mierda de le metieron a los monumentos nacionales? Son una manga de vagos y desconsiderados-

expresa Rubén antes de estallar en cólera ante las imbatibles martingalas de un tragamonedas del Casino “Poker Joker”, situado en la pequeña ciudad de Armstrong, la cual ya no pecaba de pueblerina e inocente. El casino se ocupó de borrar todo atisbo de ingenuidad.

Todos en ese bendito pueblo hora comprendían los conflictos irreparables entre Corea y Corea, las canciones de Spinetta y que Coca Cola es muy rica y llegó al mundo para regalarnos la navidad y Pepsi la prosperidad.

Lulú Cunnilingus, cronista en canal 18, da un pequeño sorbo a su Coca Diet, inspira y sale al aire.

- Luego de esta simpática reseña a través de los mejores videos de Internet, pasamos a la información:

En Inglaterra, un movimiento insurgente liderado por dos estudiantes desempleados, incendia el Palacio de Buckingham

Una corriente sediciosa integrada por jóvenes latinoamericanos, liderados por el carismático Sub- sub Comandante Residente, planea acumular riquezas cantándole a la pobreza y así enfrentar al impiadoso ejército Norteamericano con un arsenal de rimas.

A Sabrina Lunatti, la nueva cola “Beef”, se le escapa una “lola” en un supermercado chino. Hay conmoción. Vamos a una pausa.-

Como no podía ser de otra manera, Sabrina es nombrada “Teta del año” y es invitada a participar como miembro VIP al vigésimo día de una fiesta energizante y sin pausas brindada por la compañía Speed, en Suecia. La “Fiesta de las mil horas” mantiene a muchachada nórdica alejada de los sucesos del momento y cercanos al síncope.

Y entre los nuevos sucesos, se destaca que el presidente de Estados Unidos, el premio Nobel de la Paz, Arnaldo Shaw Commando, prepara la salida de sus vedettes más voluptuosas: Quince bombas de cobalto. La primera dirigida a Japón. Las noticias indican que el conflicto se desató porque los nipones habrían sido descubiertos intentando grabar clandestinamente una adaptación de la serie The Big Bang Theory, aunque Rufián Assange desde la Dinamarca, afirma que en realidad lo que desean, es generar nuevos desposeídos, refugiarlos en el país anglosajón y una vez allí, utilizar sus conocimientos para llevar adelante las nuevas plantas de producción tecnológica, pagando la mano de obra a costos prácticamente nulos y con las bondades de la plusvalía, levantar más fábricas de montaje, hacer monumentos, algunas fiestas pesadas y hasta envasar la cultura oriental en una Tablet.

Luego de las declaraciones, un fanático de Assange que se cree Assange, aguarda por El en intermediaciones del hotel Dakota Fanning. Acto seguido, va a su encuentro y sin mas, le asesta un feroz balazo en la nuca.

Rumania prepara municiones, Moscú arde, Bolivia se carcome, dos tipos meten sus cabezas en el culo de una jirafa por MTV, el pueblo de Nepal es el escudo humano del pueblo chino. Los militares austriacos cargan ametralladoras.

Lady Gaga canta desnuda en la RAI y todos se masturban pensando en Madonna. África no tiene miedo. Perú apunta al Este. Una adolescente se desangra en un burdel somalí. Suenan alarmas en Australia, una cuarentona escucha Blondie con sus amigas veinteañeras y se divierte.

Brasil está a oscuras y colmado de plomo. Un quinto auto pasa sobre el cadáver de una nena en Hungría. Haití reza por su vida. Los bombarderos alemanes están ansiosos. Un chico llora en la selva. El Real Madrid es campeón. En la Antártida, Carlos extraña a su mujer. Berenice quiere morir de una vez por todas.

En Smith & Wesson celebran con un Johnnie Walker.

Los jinetes del Dow Jones, comunican por CNN:

- Señores, es el fin. Sabemos que los sucesos que estamos presenciando han sido premedi...

Power Off.

A la morocha le importa un carajo lo que van a decirle. Su vida se mantiene a base de guitarras eléctricas, tachas, cigarrillos, galpones abandonados y un entorno de pendejos naifs inspirados en video clips de Janes Addiction.

Ella sale de su casa, compra una ginebra y vuelve. Le da play a los Pistols, suelta su pelo, agita la cabeza, bebe y un feroz trago corrompe su sangre. Y ella canta... y canta... y canta.

Instantáneamente recuerda que entre tantos acordes, cuero y corcheas, había coreado en reiteradas oportunidades que quería cambiar el mundo de mierda en donde vivía. Toma un trago mas, piensa nuevamente en eso de cambiar el mundo, siente un frío aterrador en la espalda, un dolor intenso le atraviesa el pecho y llora por última vez en su vida.

El mundo no estaba para jodas.

Jesús López Carreri

La sortija

La solución al problema que detecté podía demorarse muchos años. La preciosa sortija que sólo yo percibía se encontraba oculta a los ojos de los seres vivos por un entramado de raíces, ramas y hojas. El espeso follaje impedía el acceso visual y

el tiempo podía ocultar para siempre aquella maravilla. Cuando el sol alcanzaba su cénit, la sortija reflejaba destellos de todos los colores posibles, preciosos, soberbios, pero invisibles desde otras posiciones.

Mi condición pétreo, mi nula capacidad de movimiento y la imposibilidad de comunicarme hacían que la misión pareciera tremendamente dificultosa. Valoré mis opciones. Me encontraba en lo alto de una pequeña loma, agarrada firmemente por tierra y hierba, al borde de un precipicio que moría en una esquina de la plaza de un pueblo. La caída sería rápida, de unos doce metros. Intuí mi propia redondez y mi gran volumen, lo cual me llevó a pensar que en una caída precisa podría rodar hasta allí y empujar la sortija hasta un lugar visible para alguien, apartando livianas raíces y molestas ramas en mi viaje. El tiempo no era un obstáculo, podía esperar siglos, milenios, incluso crones. Sabía que tarde o temprano caería. Confíaba en la acción del viento y del agua, empecé a verlos como aliados en la misión, ambos harían su trabajo, siglo tras siglo, para destapar mi enorme existencia y conseguir que la fuerza de la gravedad me arrastrara hasta la ansiada sortija.

Pasaron muchos milenios sin grandes acontecimientos. La lluvia, el hielo, los rayos y algún que otro terremoto modificaron mi posición varios centímetros, algo totalmente insuficiente. Pasé por épocas en las que la sortija quedaba tapada por la vegetación, invisible hasta para mí desde mi privilegiada posición; otras épocas, la sequía minimizaba las plantas y la sortija despuntaba, deslumbrando con sus destellos todo el paisaje, pero nadie la debía ver, supuse que por estar algo apartada; recuerdo también siete milenios en los que estuvo tapada por un espeso manto de hielo.

Siguió pasando el tiempo y no cejó en mi empeño. La sortija parecía deseosa de recibir mi empujón, una embestida que la pondría a la vista de alguien con suficiente sensibilidad como para valorarla en su justa medida. Seguí esperando la acción del agua, del viento y de los demás elementos hasta que, pasadas varias eras, conseguí, de forma inesperada, ser atraída por la fuerza de la gravedad. Esta me empujó hacia abajo, con una aceleración constante, de manera que rodé por el terraplén para llegar al espacio horizontal que me llevaría a mi destino, gracias a la inercia. En mi camino, aparté otras piedras menores hasta que, por fin, impacté contra la sortija de forma inapelable. La sortija salió despedida varios metros hasta quedar, perfectamente visible, en el centro de lo que un día fue la plaza de un pueblo. Yo seguí rodando hasta que tanta fricción hizo que me detuviera.

Sentí el bienestar que produce el trabajo bien hecho, el objetivo cumplido. Me dispuse a pensar. A decir verdad, y en esto no había caído hasta ahora, hacía millones de años que se habían extinguido todos los seres vivos, todo signo de vida, de manera que hacía mucho tiempo que nadie podía disfrutar del brillo y de la belleza de la sortija.

Almuerzo

El restaurante era presuntuoso, aunque desde la calle nunca lo hubiésemos imaginado. Todo cambia cuando solo miramos el exterior de las cosas, como cuando compramos un coche por el anuncio televisivo, como cuando imaginamos una playa por las fotos de una agencia de viajes, o como cuando elegimos el café en el supermercado fijándonos en el envoltorio. Dentro apreciamos el decorado ridículo y la iluminación más propia de una discoteca que de un restaurante. El menú era el de cualquier bar de barrio, pero con nombres grandilocuentes y costos elevados. Nos dimos cuenta nada más sentarnos, sin embargo, decidimos quedarnos. Al fin y al cabo, solo íbamos a comer.

—¿A qué no adivinan cuál es el río más largo del mundo? —preguntó Manuel mientras miraba su teléfono móvil.

—El Nilo—dijo Arturo—, eso lo sé yo desde la primaria.

—Yo me la juego al Amazonas —dije.

—¡Y yo qué sé, Manuel! —Luis no quiso responder.

Fuera empezó a diluviar. En pocos minutos, las calles se convirtieron en arroyos y el cruce frente al restaurante parecía un lago. Frente al ventanal, veíamos caer una cascada derramada por el canalón de la azotea directamente sobre la vereda (la baldosa donde golpeaba el agua estaba desgastada). Las personas huían como si hubiese estallado la guerra. Los coches que atravesaban el cruce generaban olas que rompían contra los canteros, como si de una escollera se tratase. Me vibró el móvil y lo revisé, era un mensaje de Laura: «¿vas a querer verme hoy?»

—Tenemos polémica —anunció Manuel—. Hay investigaciones que concluyen que el Amazonas es el río más largo del mundo, aunque siempre se pensó que era el Nilo.

—¡Acerté! —celebré levantando los puños.

—En el colegio siempre nos habían enseñado que el río más largo del mundo era el Nilo —afirmó Arturo cabreado—, ahora nos lo cambian.

—Tírate otra pregunta, Manuel —dijo Luis—, la próxima la quiero acertar yo. Una más difícil.

Manuel buscó en su móvil otro dato para preguntar. El camarero vino y nos tomó el pedido, agregamos varias entradas, un Malbec de Mendoza y un Merlot chileno.

Lo anotó todo y se largó. Mi móvil volvió a vibrar, era Laura de nuevo: «al menos, podrías responderme, y no dejarme esperando como siempre». Manuel levantó el brazo y dijo:

—Esta pregunta no es fácil. ¿Cuántos inmigrantes se han ahogado en el mar Mediterráneo en el verano del 2016?

—Esa es jodida —dijo Luis—, tienen que ser más de mil.

—Yo diría incluso más —exclamé—, me la juego a que son más de cinco mil.

—¿Tú crees? —dijo Arturo—, no creo que puedan ser tantos.

—Hagan sus apuestas señores, tengo la respuesta y solo puede haber un ganador.

—1250.

—6589.

—13623.

El camarero volvió con las bebidas, nos las sirvió colocando el brazo izquierdo en su espalda e inclinándolo ligeramente el tronco. También trajo unos pedazos de pan y un pequeño cuenco con salsa para untar. En la calle, el diluvio se hacía intermitente, aunque pareciese que no acabaría nunca.

—3800. El ganador es Arturo —dijo Manuel.

—¡Toma!

—Mierda —me quejé.

—Nunca hubiese pensado que fuesen tantos —dijo Luis.

—Pues es record, se ha superado la cifra de ahogados en 2015.

Después el camarero nos trajo los platos. Comimos mirando el ventanal, inmunes a lo que pasaba en la calle. Desde nuestra mesa veíamos el exterior con otra perspectiva. Manuel se quejó de que había lavado el coche el día anterior, y Luis de que su jardín estaría inundado. Revisé de nuevo mi teléfono y tenía otro mensaje de Laura: «me vas a matar, no hay nada peor en este mundo que tu indiferencia». La lluvia seguía cayendo; en el mar, un cuerpo inerte flotaba a la deriva; y parecía que aquello jamás terminaría. Que aquella lluvia sería eterna.

Borja Gonzalez

La caja de hierro

Y nadie más vivió ahí. Se supo que fue un país donde hubo buenas leyes y buenas costumbres durante un periodo, pero con los cambios de tiempo, también cambió la gente y se adquirieron nuevas costumbres. Las leyes tuvieron que modificarse de acuerdo a los nuevos crímenes que eran cometidos, la seguridad de las cárceles fue reforzada para que los prisioneros estuvieran totalmente controlados; tanto que pasada una semana en una de esas cárceles olvidaron que alguna vez tuvieron un nombre y que existieron para un mundo que los replegó socialmente. La gente empezó a sentir demasiado el cambio, tanto que subsistir era casi una misión imposible. El alimento escaseaba; solamente era posible alimentar adecuadamente a los gobernantes y a sus congéneres y amigos más cercanos. Lo único que abundaba en la mesa de los trabajadores formales eran las cartas que anunciaban el cobro de sus deudas y el aviso reiterado de desalojo de la casa por incumplimiento en el contrato de hipoteca. La educación empezó a hacerse cada vez más inaccesible y en los hospitales solo eran bienvenidos los que servían a los jefes que gobernaban el país y a uno que otro amigo de ellos, esos amigos que adoraban por ser sumisos y pusilánimes.

La legislatura del país se había vuelto tan severa como irónica que hasta el suicidio estaba prohibido, el suicidio era un crimen punible. Los habitantes del país tenían miedo. El miedo a protestar no les dejaba ver la realidad en que habían convertido el país por el que habían trabajado con ahínco durante tanto tiempo. Habían olvidado que algo que puede vencer al miedo es la acción, no importa cuán sencillo sea el verbo. Quienes lograban suicidarse ya no podían ser castigados, pues habían hallado la libertad entregando el vaho de su aliento al cristal del féretro. En consecuencia, el castigo era otorgado a la familia del suicida. Entonces las familias de unos cuantos suicidas empezaron a vivir la pena que había sido delegada por el juez de la nación. Los llevaban a calabozos de dos metros cúbicos, allí debían reflexionar sobre su crimen. Eran severa y cruelmente castigados por permitir que un familiar se suicidara. La culpa de que alguien cometiera suicidio la tenía la familia. La familia debía pagar por no corregir y ayudar a aquel que no encontró el camino correcto para vivir en la sociedad que los gobernantes y religiosos habían diseñado y construido a consciencia para ellos mismos, una sociedad para beneficios de religiosos y ganancias de gobernantes.

Luego del sometimiento de los dos años de reflexión en la caja de hierro, eran llevados a un lugar diferente del lugar de reclusión. Los guardias llevaban a los prisioneros con grilletes y mordazas a caminar con el aire que también había olvidado que alguna vez tuvo libertad. Los prisioneros caminaban ignominiosamente

por las aceras de la ciudad; ellos observaban a hipócritas familias en los parques. Las familias tenían que fingir felicidad. Ellos podían ver que las familias evitaban suicidarse para que ningún miembro de la familia sufriera el confinamiento; reprimían sus emociones en actividades efímeras que ni siquiera les ayudaba a alcanzar una ligera distracción de su situación actual en aquel país. El fútbol medianamente los entretenía, sabían que equipos ganarían y cuales perderían. Las apuestas se empezaron a hacer diciendo que el resultado anunciado posiblemente no sería el definitivo, porque eso realmente les hubiese parecido sorprendente, pero el reportero nunca se equivocaba. En las noticias deportivas primero anunciaban los resultados de los juegos y luego se jugaban los partidos. El fútbol como todos los deportes y actividades competitivas ya habían sido alteradas por los gobernantes a su conveniencia, los deportistas cumplían con sus roles de marionetas; lo que les apasionaba se había vuelto el nido de su discordia y melancolía. Estaban desesperados e impotentes, y evitaban el suicidio porque no querían que sus familias y amigos sufrieran las consecuencias de un acto que beneficiaba solo al que lo hacía. Los prisioneros vieron el mundo en que vivía ahora la gente. Y entonces se miraron y estuvieron de acuerdo en que era el momento para dejar de respirar, y así fue como los guardias vieron caer muertos a los prisioneros. Uno tras otro ellos alcanzaron su libertad con su muerte. En las calles las personas vieron como morían prisioneros. Los guardias llamaron a la policía, y la policía ya no supo que hacer porque los prisioneros ya no tenían más familia a quien apresar y castigar. Fue entonces cuando el juez y el jefe de policía decidieron que era momento de empezar a castigar al carpintero, al obrero, al deportista, al enfermero, al abogado, al ingeniero, al lechero, al docente... y a todos aquellos que alguna vez tuvieron relación con los que se suicidaron. Y antes de llegar a la caja de hierro, a esa mazmorra hábil y cruelmente diseñada y construida por un religioso y un juez empezaron a morir paulatinamente todos aquellos que ya fueron mencionados. Y nuevamente la policía y la justicia buscaron a los culpables, pero los familiares de los muertos ya habían alcanzado el marasmo de la libertad con el suicidio, y así la población fue disminuyendo rápidamente hasta que en el país solo quedaron en pie, el gobernante, el juez, el jefe de policía, el religioso y un empresario que se había quedado sin empleados. La historia llegó a saberse porque nunca se supo quién fue el verdadero culpable de la ola de suicidios más grande de la historia. El policía culpaba al gobernante, el gobernante culpaba al empresario, el empresario culpaba al juez, el juez culpaba al religioso, y el religioso los culpaba a todos. La discusión fue tan fuerte y duró tanto tiempo que los habitantes del país vecino escucharon lo que allí pasó y ellos primero difundieron el rumor, luego empezaron a hacer visitas clandestinas a las ciudades habitadas por recuerdos que en cualquier momento se vol-

verían cenizas. Así fue como la historia logró saberse, pero algo que nunca se supo fue quien fue el culpable de la muerte de tanta gente.

Cliv Saramago

El Sendero

Mary nunca estuvo segura de cuando empezó a sentir aprensión al recorrer ese sendero. Sonreía, y se animaba a si misma para continuar, pero al final terminaba recorriéndolo tan rápido como podía correr. Sobre aquella vereda solitaria no existían más que unos pocos pinzanes, y algunos arbustos resecos por el sol. Fuese de día o de noche, el resultado siempre era el mismo: comenzar sonriente y salir corriendo. Tal vez porque era la porción más sombría de su recorrido, o quizá porque era el punto más silencioso que conocía; pero aquella trocha siempre le intimidaba.

Si encontraba a alguno de los hombres del rancho que fuera en su misma dirección, se le acercaba e inventaba cualquier charla para mantenerse a su lado. Con todo eso, a veces se despedía precipitadamente para huir corriendo.

Las pocas veces que recorría el camino entre su casa y la escuela en compañía de su madre, o de sus hermanos mayores, debía hacer esfuerzos para mantener el paso tranquilo que todos llevaban. Tal era el pánico que sentía siempre que llegaba a esa vereda que a veces proponía jugar una carrera para justificar el salir corriendo a toda velocidad.

Cada mañana, mientras apuraba la taza de chocolate y el pan dulce del desayuno, examinaba la situación ¿Por qué le daba tanto miedo ese lugar? ¿Por qué debía pasar corriendo? No era ni la obscuridad, ni el silencio que reinaban en el paraje aquel. Muchos otros lugares de su recorrido diario eran tan sombríos como callados, y no le causaban inquietud alguna.

Siempre que llegaba a ese trecho de su camino cotidiano se sentía observada, aunque era evidente que no había nadie por allí. Una vez le pareció escuchar algo a sus espaldas, pero no volteó, simplemente emprendió la más veloz carrera de su vida. Jamás supo, ni pretendió indagar, que fue lo que la asustó esa madrugada cuando aún a obscuras iba del ranchito donde vivía con rumbo a la escuela.

Como era de esperar, Mary pensó en dar un largo rodeo a fin de evitar esa porción del camino; pero el nuevo recorrido la hubiera obligado saltar cercas de

alambre de espino, encarar a feroces perros guardianes que protegían el ganado y las casas de los vecinos; y por último a darle casi una vuelta entera al cementerio del pueblo, del que se contaban muchas historias de fantasmas y aparecidos.

¿A quién podría recurrir? Preguntó a su madre, quien después de escucharla atentamente le pidió que le dijera si realmente deseaba continuar yendo a la escuela; y cuando la niña le dio una respuesta afirmativa, ella le acompañó por el camino durante una semana completa. Al lunes siguiente, el benjamín de la familia amaneció afiebrado, y la señora de la casa tuvo que quedarse con él. Mary tuvo que enfrentar nuevamente y a solas sus temores.

“Pero...¿A qué le tienes miedo?” le preguntaban con insistencia sus padres y hermanos. “Muchas, muchas veces hemos pasado por allí y nunca sucede nada. Antes no te asustabas”; concluían sonrientes. Las semanas transcurrían, y Mary tenía cada vez más miedo de ese lugar. Empezaba un llanto incontrolable antes de salir de casa, y para el momento de arribar a ese trecho del recorrido, su cuerpo temblaba sin control alguno, volvía entonces a casa, sollozante y temblorosa.

Fue entonces que su madre decidió llevarla con el médico del pueblo; un viejo doctor conocido por la comunidad desde mucho tiempo atrás. Después de tomarle los signos vitales, procedió al cuestionario de rigor, no encontrando nada que justificara el comportamiento melindroso de la jovencita. Recetó entonces unas píldoras, y pidió que le mantuvieran informado de cualquier evolución anormal del comportamiento de la chica.

El doctor asentó en su diario personal: “...hoy me trajeron a otra niña presa de histeria al cruzar el campo algodonerero. Parece que mis vicios me han puesto en el umbral de un importante descubrimiento médico. Tengo la impresión que de algún modo; por algún mecanismo natural, pero todavía desconocido, de defensa, estas muchachitas saben, o por lo menos intuyen, lo que he hecho en ese lugar. Si en lugar de secuestrar, torturar, matar, y enterrar muchachas a la vera del camino, procedo con varoncitos ¿a los muchachos también les sucederá lo mismo? Solamente obtendré una respuesta a esta pregunta mediante una ordenada experimentación. Espero poder presentar mis conclusiones a la comunidad científica antes de que me capturen...”.

Teclazo

Gloria in el ixcelsis dedo

La fatiga le quitaba fuelle, los años no pasan en balde. A pesar de ella y de la puñetera artrosis que lo tenía arrinconado y rodeado de algodones, este año no dejaría que nadie arruinara su Belén. Se sentó en el suelo y armado de plastilina de colores, comenzó a modelar todas y cada una de las figuras que consideró necesarias sin las cuales era imposible tomarlo por tal. Caganer no, mejor ninguno.

—Señor ¿por qué no permitís que lo hagamos nosotros?

—No, quiero que tenga vida y evitar los errores del pasado.

Cuando creyó que todos los personajes imprescindibles estaban listos, les dijo:

—Ea, ya podéis comportaros como seres vivientes, pero sin desmadraros.

Al poco aquello se convirtió en una pejiquera. Como el anterior. Como siempre. No tardaron en comenzar los conflictos por el agua, los pastos, las tierras... Todos contra todos. Parecía una noche en el museo cuando, tras adquirir vida, las figuras se dedicaban a intentar destruirse entre ellas.

—¿Es que no hay forma de acertar de una puñetera vez? ¡Qué venga el informático inmediatamente! ¡Lo voy a despedir por inútil! —. A punto estaba de darle un puntapié y hacer volar todo por los aires.

—¡Para, papá! Todos los años lo mismo. Sabes que tiene un defecto de fabricación en origen. Ya habíamos acordado que los dejábamos a su aire, son incorregibles. Recuerda lo que me hicieron a mí cuando me enviaste con la intención de armonizar y depurar el programa. El algoritmo tiene un virus y es irre recuperable. Y lo sabes.

Mas como los problemas nunca vienen solos, los Magos llamaban a su puerta para quejarse amargamente de que, como venían de Oriente, los habían confundido con refugiados y no les permitían atravesar las fronteras para cumplir con su cometido.

—Es una injusticia, Señor. Y un boicot comercial encubierto a favor de Papá Noel. Como éste vive en los países nórdicos, si a nosotros nos prohíben la entrada, todo el mercado europeo para él. Y Tú sabes que en otros bazares no nos conocen ni estiman. ¿Nos imaginas cruzando el Mediterráneo en patera, cargados de juguetes? El Arca de Noé sería insuficiente.

Y por si faltaba algo, su nieto también se quejaba:

—Jo, ya te vale, todos los años el mismo regalo ¿para cuándo una Tablet, un Smartphone o una PlayStation?

Entretanto, en otro lugar...

Aquella noche, decían que era Nochebuena. El niño no entendía por qué aquella noche iba a ser diferente cuando todas las noches, y los días, eran más bien un

infierno. Unido al horror de la destrucción sistemática usando la coartada de la autodefensa, se estaba produciendo el enfrentamiento de la propia gente separada en facciones irreconciliables. Con nefastas consecuencias para la población que sufría hambre, persecución y miseria.

Él, desconocía las formas y los medios que en otras partes del mundo la población infantil disponía para su disfrute. No sabía el significado de la palabra juguete. Para este menester utilizaba, junto con sus amigos, cascotes de metralla o munición sin explotar que de vez en cuando se cobraba su tributo en la vida de alguno de aquellos infantes inocentes y desgraciados.

Ya, en alguna ocasión, habían hecho alguna correría contra «el enemigo». En su inconsciencia, habían empleado los temibles proyectiles ya utilizados por David contra Goliat. Quizá por eso, sabedores de los devastadores efectos de esa munición, «los invasores» portadores de la ignominia, se empleaban sin piedad en la erradicación de tan peligrosos atacantes.

Le habían contado, que una estrella guiaba hasta su pueblo a unos reyes magos los cuales buscaban a un Niño para adorarle. Esto le hacía pensar sino serían los invasores enviados del moderno Herodes que, según el relato, mandó ejecutar a todos los niños del pueblo. Dados los desproporcionados medios empleados y la falta de piedad demostrada, poco parecía haber avanzado la humanidad desde entonces, pues la historia se repetía a diario por todo el mundo.

A través de la ventana sin cristales de lo que había sido su casa, pudo ver una enorme estrella que iluminaba todo el entorno. ¡¡El cielo se hunde!! Creyó. Aunque a continuación pensó ¿Los Reyes Magos? Sin pensarlo, salió corriendo por entre los escombros para apreciar mejor el acontecimiento. ¿Dónde están los reyes? se preguntó. Se volvió y a la luz de la estrella pudo ver al monstruo acorazado y agazapado que giraba hacia él. Un destello inesperado lo deslumbró y aturdió. Cuando se recuperó del susto, encontró a su lado a otro niño que irradiando luz y paz le sonreía; y que dándole la bienvenida y ofreciéndole su mano, le invitaba a seguirle.

Y entonces comprendió porqué, a aquella noche, la llamaban Nochebuena.

Juanito

No sólo vivir

Se sentía elegante, sabía que la ropa que llevaba puesta le sentaba bien y quería creer que toda la gente que pasaba al lado de la mesa en la que se encontraba la miraban con admiración. Personas que se acercaban a la barra en la que camareros vestidos de negro les servían con diligencia, como sucedía desde siempre, desde

hacía muchos años en los que ella se detenía con su marido como costumbre mas que necesidad en aquél hotel de carretera. Personas que iban con trajes de chaqueta, comerciales que se detenían a coger fuerzas y a otras personas que bajaban del autobús en chancas camino de la playa. Un trasiego de personas que le entretenía aunque en estos momentos estuviese cansada de verlas. Se habían detenido allí, su hija y su marido que iban discutiendo desde que salieron hacía un par de horas, sin tratar de disimular su enfado ante ella que cerraba los ojos para que pensarán que se encontraba dormida.

-Venga, vamos a tomar algo. -le habían dicho- siéntate en esa mesa que te traigo un zumo , nosotros vamos a comprar en la tienda.

-Daos prisa, quiero ver a tu padre.

-Pero mamá, estás chalada, papá murió hace ya unos años, seis para ser mas exactos y además ahora no vamos a ir al pueblo.

-Pero si estamos muy cerca.

Eso fue lo ultimo que recordó antes de que comenzara a darse cuenta que las horas habían pasado rápidamente. Se levantó de la mesa y se acercó a la barra.

-Mi hija me dejó con un zumo ...¿la recuerda?...No señora, por aquí pasa mucha gente, y no se si le pagaría a mis compañeros, pero no se preocupe no pasa nada, si lo ha pagado bien y si no lo ha hecho pues es igual...No, no es eso, es que no se donde están,

Empezó a preguntar a la gente...son inconfundibles, una mujer alta y morena, muy guapa y un hombre joven con una cazadora de piel y gafas negras.

Pero nadie los había visto y la anciana comenzaba a marearse...lleva el pelo suelto....-les repite-...el pelo largo y suelto, vamos a la playa, ella quiere llevarme, el marido no tanto, a un apartamento que tengo allí, tienen que estar por aquí, iban a comprar a la tienda.

Estarán en la gasolinera, y allí fue sin que le encontrase, sorteando los coches...yo quería quedarme en la residencia -les dice- pero ella quería llevarme a la playa.

-Llámele Usted y ella respondía que no tenía móvil, que se le perdió y no le han dado otro, que su otra hija le llama todos los dias al teléfono de la residencia porque trabaja muy lejos, pero tienen que haberle visto...-insiste-

Recuerda que les dijo que no tardasen en volver y ya es mediodía, vuelve a su mesa y se sienta de nuevo a esperar. Ahora recordaba que el coche le habían aparcado a la entrada del área de servicio y se marcha caminando hacía la zona.

-¿Dónde va abuela?...-le grita un camionero que tiene que frenar bruscamente para escuchar la misma pregunta de labios de la mujer y responder como todos que no los ha visto. Pero el hombre la mira.....¿Dónde va Usted?...le pregunta sabiendo que allí no va a encontrar a su hija.

-Yo estoy en una residencia pero mi marido está en un pueblo que está un poco mas adelante.

-Pues no se hable mas, bajo, avisamos a la gente del bar que se viene conmigo, le ayudo a subir y nos vamos.

Y se duerme acunada con la música del camionero tranquila, relajada.

-Abuela...¿Dónde la llevo?...Al Cementerio le responde la anciana, allí me espera mi marido, el que siempre me ha querido y me quiere aún, el que me dijo que no pusiera nada a nombre de mis hijas, allí está y quiero verle.

-Puerco y asqueroso mundo...-susurra el camionero- asco de vida.. -dice en voz baja escupiendo la rabia que le come por dentro mientras ayuda a la anciana a bajarse del vehículo y la ve caminar hacia la puerta del recinto sonriendo al mismo tiempo que le da las gracias.

Francisco Bautista Gutierrez

El elemento faltante

En 1839 a Louis Daguerre se le atribuye la invención de la moderna fotografía, y en 1895 los hermanos Lumiere dan otro salto al darle movimiento a las mismas, naciendo el primitivo cine. Por eso causó poderosamente la atención mundial, cuando recién en el año 2020 Marcos Latorre patentó el instanmovie.

Marcos trabajaba reparando aparatos electrónicos, y si bien contaba con título de ingeniero, en realidad nunca se había distinguido entre sus pares. Siempre fue un ambicioso sin logros, o sea, un soñador.

La novedosa máquina pergeñada, ceñía en una a la fotografía y a la película, vale decir, a la imagen congelada fundida con la de movimiento. ¿Cómo podía suceder? El mecanismo era más ingenio que prodigio tecnológico. El aparato era manual, como una máquina fotográfica o filmadora. Desde el visor el operador seleccionaba la escena, y una pequeña cruz roja se movía a su gusto para seleccionar el objeto a congelar. Una presión en el botón de inicio sólo fijaba lo señalado, el resto del encuadre se filmaba por cinco, diez o veinte segundos. El resultado era asombroso. Un niño fotografiado en una plaza aparecía inmóvil y detrás de él las palomas volaban, las hojas del otoño caían y un jugueteón cachorro escapado de su dueño se le cruzaba por delante.

El invento rápidamente causó sensación, quizás no por lo revolucionario, tal vez sí, porque a nadie se le ocurrió antes. Surgió una nueva escuela de arte, y la instanmovie reemplazó al 3D como arte de vanguardia. Marcos se hizo millonario de la noche a la mañana... y curiosamente fue su único invento.

Alejado del trabajo de operario, el joven se dedicó a brindar conferencias de todo tipo. Fue invitado a congresos empresariales, a disertar en cursos de emprendedores, a dar charlas en encuentros filosóficos o asesoramiento en reuniones metafísicas. Él aceptó todas las propuestas.

En cada ocasión dibujaba en una pizarra una torre con varios elementos que la constituían. En la cima escribía en un gran cuadro la palabra INVENTO, verticalmente hacia abajo, en un rectángulo menor EMPEÑO, luego en sucesivos bloques similares las palabras VISION POSITIVA, ALTERNATIVAS, IDEA, y terminaba con otro pequeño conteniendo las iniciales EF.

Explicaba el disertante, que todo nace con una idea, de la cual se desprenden alternativas para concretarla. Algunas son valederas y otras alocadas. Con una postura positiva se lleva adelante la más promisoriosa y con esfuerzo y empeño se la ejecuta. Todo ello decía el inventor, que si no fuera por el aura mediático creado en torno a su persona, sus palabras sonaban a un vulgar libro de autoayuda. Cuando se le preguntaba por el significado de las letras EF, él siempre respondía “No podría traducírselas, piensen lo que ustedes quieran, ni yo mismo puedo descifrar esa sensación que llega cuando nace una idea, y por eso yo se las señalo como Elemento Faltante”. Más de una vez los oyentes quedaron disconformes, porque allí reinaba la verdadera esencia del hacedor, de la fama y de la rápida fortuna.

Hay una historia poco conocida del joven científico y otra más profunda que solamente él aprisiona para sí. En su lujosa mansión de las afueras de Burgos, Francesco cierra con llave su dormitorio. De un cajón de su mesita de luz saca un álbum de fotos tapizado con gastado cuero marrón. Lo abre justo en la foto que busca. En ella aparece él, con sus siete años de edad; detrás su madre que falleció cuando Marcos tenía 15 años. Foto que muestra dos seres congelados a poca distancia. Instantánea que no permite ver lo que sí continúa en la memoria del inventor... el beso tierno de su madre en su mejilla. La vida no sólo le robó a Marcos una madre en plena adolescencia, sino miles de besos, abrazos y tiernas palabras, hasta que por lo menos llegara a ser adulto. Hoy Marcos brota en lágrimas deseando ser otra vez un niño para sentir ese beso que la maldita fotografía no le permite ver... ni sentir. Muy dentro de él lo sabe, la NECESIDAD siempre será el germen de las ideas, porque eternamente la meta será SOBREVIVIR.

Guiyo

Las ciudades no cambian

Regresé. A la ciudad del sol amada. A donde realmente pertencí, porque ya no. Regresé con mis dieciocho años encima, cinco años estuve alejado de ella, de ellas: de Eugenia y la ciudad. La recordaba hermosa, imponente bajo el sol del mediodía, pero la ciudad ya era otra cosa. La recordaba hermosa, imponente bajo el sol del mediodía, con su uniforme del bachillerato, su falda de plises, su franela azul, sus ojos verdes brillando cuando, en la hora del recreo, nos quedábamos solos en el salón.

Mi madre se reunió conmigo y mi hermana mayor, quince días antes de mi cumpleaños. Nos dijo que había tomado una decisión. Tenía unos ahorros en el banco, calculó el monto de la liquidación y al sacar las cuentas le dio lo suficiente como para comprar una casita y librarse del alquiler que, según ella, nos tenía arruinados. Nos explicó que hasta el momento no tenía nada que dejarnos si llegaba a morir y quería que al menos recibiésemos una casa de herencia. La explicación fue larga, extendida, dos o tres horas, ocho o nueve cigarros se fumó; ella fumaba en la cocina, en la sala, en el patio, donde sea que estuviese, después rociaba un aromatizante y asunto resuelto al menos en el ambiente, también en su psiquis, porque mi madre no fumaba por vicio sino por nervios, decía que el cigarrillo le calmaba los nervios; todo el tiempo estaba nerviosa.

Mamá explicó, cuando ya llevaba el cuarto o quinto cigarro, que el panorama económico se veía duro, que el gobierno se mostraba incompetente y que la solución que se vislumbraba en el futuro no le gustaba porque se comentaba que un golpista podría aspirar a la presidencia. Yo apenas me enteraba que la economía de nuestra casa dependía de la administración de un gobierno. Basada en sus predicciones, que realmente no eran suyas sino de algunos programas de opinión, reportajes en periódicos y rumores de calle, mamá pronunció la palabra mudanza, advirtiéndonos que sería lo mejor.

Mi hermana mayor y yo nos miramos las caras. Ella con sus catorce años encima, y su ilusión de una fiesta de quince años a la que asistirían sus amigas, probablemente con la imagen del tonto de Johan relampagueándole angustiosamente en su mente, porque en la mía relampagueaba la hermosa Eugenia; ella fue quien pronunció la pregunta que hacía eco en nuestras cabezas y mamá respondió que allí en la ciudad no podría jamás comprar una casa, que los costos eran muy elevados, y otro cigarro; de nuevo nos dio una cátedra de economía que yo entendería años después en la universidad, casi se fuma el chicote, lo miró, yo miré sus dedos amarillos, nos miró, yo miré a mi hermana, siempre odié el suspenso a menos que fuese en alguna película. Una actriz hermosa con su cabello mojado, cu-

bierta con una toalla, se asoma por la ventana y el teléfono suena repentinamente, ella pega un brinco; mamá tira el chicote por la ventana hacia el patio, Julián ladra afuera, seguramente quiere jugar con el chicote; la actriz toma el teléfono y lo mira, no deja de sonar, ella lo presiente, si recibe la llamada algo podría ocurrir, finalmente atiende, los televidentes esperamos que sea el tipo esquelético con una sotana encima y una máscara con sonrisa asombrada y un cuchillo en su mano, que sea él quien responda, la tipa se lleva el teléfono lentamente a su oreja, es una amiga; prefiero el suspenso en las películas. Mamá apagó el televisor, diciendo que necesitaba toda mi atención, pero yo solo veía las imágenes, pensaba en Eugenia y me preguntaba a dónde diablos nos mudaríamos.

La explicación se extendió unos minutos más. Mamá debía saber que no nos importaría nada, podría explicarnos que el calentamiento global produciría un hoyo catastrófico en el sector catorce de San Jacinto o que los mayas predijeron que al día siguiente el apocalipsis tendría lugar allí o que el meteoro de la película Armagedón caería justo sobre nuestra casa alquilada y que ni Bruce Willis con su equipo podría evitarlo; mamá podía sacar una pizarra y hacernos unos dibujos, pero jamás entenderíamos y aceptaríamos, jamás seríamos felices en un lugar donde no estuviesen cerca nuestros amigos.

El lugar resultó ser un pueblo, rodeado de otros pueblitos. No hubo fiesta de quince años para Daniela, no volví a ver a Eugenia. Para mamá todo era simple. No le costaba tomar una decisión, si hubiese tomado alguna vez la decisión de no fumar, sin duda habría dejado el cigarrillo al instante.

Mamá aumentaba progresivamente su dosis de nicotina. Consiguió empleo en el ambulatorio del pueblo. No sé qué era lo que seguía afectando sus nervios; ya tenía la casa que quería, ya nos había arrancado de San Jacinto, ya tenía empleo. No sé por qué seguía fumando. Decidí odiar el pueblo. Lo odié mucho más después que Adriana me dijo que ya no quería seguir siendo mi novia; aunque yo no había olvidado a Eugenia no podía estar en el pueblo sin una novia y Adriana era muy bella, muy bella para vivir en ese pueblo. Los meses junto a Adriana pasaron rápido, hasta se me olvidó que yo no quería estar allí y que al cumplir los dieciocho volvería a la ciudad.

A Adriana le gustaba escuchar mis cuentos sobre la ciudad, yo le relataba de los cepillados de la doña Francisca, de los gritos de la señora Gladys todos los días cuando era el mediodía y Gustavo estaba jugando en la plaza. Ella se reía. Le contaba de la Plaza República, de la Plaza de las Madres, de la Plaza de las Banderas. En el pueblo también hay una plaza de las banderas, pero a mí me parecía que lo que esos pueblerinos llamaban plaza bien podría ser el patio trasero de una casa en la ciudad; no de la casa donde viví alquilado con mamá y Daniela, porque esa era una casa pequeña, el patio donde amarrábamos a Julián era más bien un callejón,

inundado de los chicotes que mamá lanzaba, con una mata de limones en un rincón, debajo de esa mata reposaba Julián en los mediodías. Pero yo nunca le dije a Adriana que así de pequeña era nuestra casa en San Jacinto, tampoco le dije que era alquilada, porque me daba pena; jamás le comenté que yo odiaba estar allí, porque en esos meses junto a ella lo olvidé. Ella llegó una mañana al liceo y me dijo que ya no podía seguir siendo mi novia. Así, sin razones, no se lanzó un discurso de tres horas como mamá, no justificó su decisión, solo dijo eso y ya. Siguió caminando hacia el salón y yo me quedé pasmado y me di cuenta que seguía odiando el pueblo. Un año transcurrió, y dos y tres. Por aquel tiempo me hice adicto a la lectura. Se convirtió en un escape. Fue accidental.

Entré a la biblioteca y la señorita Felicia me sonrió, le devolví la sonrisa con esfuerzo y le dije que me había equivocado. Ella insistió en que me quedase un rato y me invitó a leer al menos una página. No me preguntó qué me gustaría leer, impuso su voluntad. Le pregunté si podía llevarme el libro y la señorita Felicia dijo que no, que debía volver a la biblioteca y que cuando terminase de leer ese allí, entonces ella me permitiría llevarme uno por uno, mientras los devolviese en menos de un mes. Supongo que fue una estrategia para tener al menos una visita en la biblioteca al día, que no fuese forzada por los planes de lectura que más bien eran alborotos dentro de la biblioteca.

Debí leer más de cien libros en los cuatro años que me restaban en el pueblo. La señorita Felicia se convirtió en mi amiga. Se corrió la fama de que Miguel, el muchacho de la ciudad, ahora era un nerd. Poco me importaba lo que se dijese de mí, porque lo decían los pueblerinos. No volví a tener novia en el pueblo, pero sí me di besos eventualmente con Ingrid, con Margarita y otras dos o tres más. Aunque a veces olvidaba que a mis dieciocho años me iría, no dejaba de odiar el pueblo. Daniela también había dicho que se iría a sus dieciocho. Ella comenzó la universidad primero que yo, pero no se fue. Yo sí cumplí mi promesa. A mis dieciocho me fui. Mamá no se opuso. Le pareció que su hijo varón debía tener experiencias y ser independiente.

Y así regresé. A la ciudad del sol amada. A donde realmente pertenezco, porque ya no. Regresé con mis dieciocho años encima. Pero encontré la ciudad cambiada, eso pensé. Más acelerada, más calurosa, más bulliciosa, contaminada; también parecía que otra gente ocupaba la ciudad, todos tan distintos. La Plaza República sin niños en bicicleta, la heladería Argentina había cerrado; San Jacinto sin adolescentes jugando futbol, sin niñas corriendo alrededor de las bancas. Ya no era la misma ciudad. Los edificios desteñidos, las casas tristes. No encontré a Eugenia, también se había mudado. Constaté que la ciudad de mi niñez y parte de mi adolescencia había desaparecido; tal vez fue que el calentamiento global produjo un hoyo catastrófico en la ciudad o que los mayas predijeron un apocalipsis allí y

ocurrió o que el meteoro de la película Armagedón cayó justo sobre la ciudad sin que Bruce Willis y su equipo pudiesen evitarlo, y emergió otra ciudad. Pero por un instante lo comprendí: las ciudades no cambian, solo nos dicen que hemos cambiado. Fue una comprensión fugaz, que hoy nuevamente me asalta. Hoy, casi veinte años después, cuando me acerco a mis cuarenta años y decido regresar al pueblo, ese mismo pueblo que desprecié, que ahora extraño, donde ahora anhelo vivir.

Gusmar Carleix Sosa Crespo

Cuestión de semántica

“Todo el que pretenda imponer su dominio al hombre ha de apoderarse de su idioma”
(Hans Maeder).

El otro día me encontré en la calle con un antiguo compañero de estudios. Hacía tiempo que no le veía, y me llamó la atención que se detuviera para saludarme; últimamente la gente con la que me cruzo o camina cabizbaja o con la vista perdida hacia el infinito.

¿Qué tal te va? Le pregunté con cautela, pues cada vez que hago esta pregunta a alguien es para oír una sarta de desgracias: me despidieron de la empresa... me embargaron el piso... me he separado... sigo sin encontrar nada...

Óptimamente, me contestó. Y me quedé sorprendido, no todos podemos decir lo mismo.

Verás, continuó, como siempre me caíste bien en el instituto, te voy confesar un secreto que he descubierto hace tiempo. Vamos a ese gastro-bar que te invito a un refrigerio mientras te lo voy desgranando.

Cuando entramos en el bar de mi barrio, que llevaba toda la vida sin cambiar de decoración, empezó a hablar.

Mira, me dijo, es muy fácil, sólo se trata de una cuestión semántica. Dejar de usar siempre las mismas palabras y usar otras diferentes. Una especie de juego.

No jodas, salté, pero en seguida me rectificó.

Ves: una palabra malsonante que hay que evitar. Prueba con: “No lesiones mis sentimientos”. ¿A qué ahora suena de otra manera? Te voy a poner otros ejemplos:

¿Por qué no intentas sustituir la palabra de moda, “crisis”, por otra como “severa desaceleración” o “deterioro del contexto económico”? ¿A qué no suena igual de fuerte? Sigamos por ese camino. Que en la empresa donde trabajas tienen dificultades y adoptan como medida para no cerrarla una bajada de salarios, piensa que sólo es una “una devaluación competitiva de los salarios causada por un creci-

miento económico negativo”. Que las medidas tienen que ser más drásticas y hay que despedir a alguien: no es más que un “proceso de racionalización productiva”. Que la empresa tiene que cerrar, acuciada por deudas, se puede llamar una “redefinición de su presencia en los nuevos escenarios de mercado”, puesto que al cabo de un tiempo volverá a resurgir de sus cenizas. Por eso es siempre mejor hablar de ciertos “reajustes debidos a los previsibles daños colaterales”. Y así todo tiene otro sentido menos negativo y más empírico. Ejemplos: el copago farmacéutico es un “recargo temporal de solidaridad”. Los recortes en educación una “redistribución aleatoria de potencialidades”.

Ante aquella verborrea no pude por menos que quedarme pasmado o “extasiado” que diría mi antiguo amigo. Después de sacudirme de los efectos llegó mi turno: ¿Y qué me dices de la corrupción?

Ah! Una mera “relajación en los mecanismos de control participativos”. Los peligros de la rutina. Nada de lo que preocuparse, una simple redistribución de sinergias sociales.

¿Y los desahucios? Toda esa gente que se está quedando sin vivienda. Durmiendo en la calle y sin ningún recurso...

Te refieres a la “desubicación sobrevinida por circunstancias coyunturales”. Una pena, pero a nadie le pusieron una pistola en el pecho para firmar su hipoteca. Digamos que es una simple devolución coyuntural de activos financieros. Al fin y al cabo la banca no trabaja con rostros humanos, sino con cifras y balances.

Mi cabeza estaba a punto de estallar, no daba crédito a aquellas palabras: No sé cómo puedes hablar así cuando hay tanta gente pasándolas putas.

Y enseguida me atajó: la gente tiene que saber “asumir sacrificios vinculantes”.

Ya no supe qué decir. ¿Y si después de todo, la cuestión sólo fuera un problema de semántica? O de eufemismos, y durante todo este tiempo habíamos sido nosotros, los ciudadanos de a pie, los pagadores de la crisis, los que habíamos actuado mediante eufemismos. No sé, al final le vi marcharse agarrado a una carpeta con un anagrama muy curioso, una rosa y una gaviota entrelazadas. Eso sí que era un eufemismo, y no la pintada que llevaba todo el invierno en una de las paredes de mi barrio: Nos mean encima y dicen que llueve.

N. Chom

El pequeño muchacho

El 6 de agosto de 1945, el Coronel Paul Tibbets, desde su destino militar, había concluido una charla telefónica con su esposa e hija. Primero había hablado con su hija, la mayor de las tres que tenía: “Te quiero mucho papá”- escuchó- antes que le devolviera el auricular a su mujer. De esta retuvo sus palabras que lo llenaron de orgullo y le daban fuerza para cumplir con la misión que tenía por delante: “Paul, las chicas y yo estamos orgullosos de ti. Suerte, te esperamos por aquí”. Abandonó el reducto en donde se encontraba, se despidió del personal que lo rodeaba y a paso militar se dirigió a la pista en donde estaba el B59 que los trasladaría a cubrir su misión. Periodistas, fotógrafos lo despidieron como si se tratara de una estrella del mundo del jazz. Él con una media sonrisa, agradecía los plácemes. Leyó en su avión el nombre que le habían pintado, con grandes letras, a su pedido, en honor a su madre: “ENOLA GAY” y lo abordó. Ubicado en su puesto de comandante de la nave saludó, a su copiloto, se estrecharon la mano, se desearon suerte y comenzaron a revisar si todo el instrumental estaba en orden, cuando lo comprobaron, pidieron autorización a la torre de control y al recibirla, comenzó el carreteo, por la pista central, para emprender el viaje. Largo viaje de más de seis horas a su lugar de destino, desde la pequeña Isla Tinián, en donde estaba ubicada la base. Ya en el aire y al tomar altura, observó que otra nave similar, se prestaba a tomar vuelo. Sería su acompañante y la encargada de registrar fotográficamente, los acontecimientos de la misión. No se podía quejar, se sentía importante y un patriota que honraba a su patria. “La historia me lo agradecerá”, pensaba mientras el pájaro de la muerte tomaba altura.

.....

En una clásica oficina de la Casa Blanca, en Washington, el Presidente Harry Truman, seguía con la rutina del día, aunque su preocupación estaba centrada en el destino de la misión del ENOLA GAY. De su éxito, a su entender, dependía el prestigio de su Nación y el suyo propio. Había tenido una tensa reunión con su Jefe de Gabinete Militar, el Almirante, William D. Leahy, que se había opuesto al operativo en marcha. “Usted es militar y yo soy político, nuestras visiones, a veces, no se conciben. Maneje Usted las estructuras militares y déjeme a mí, manejar las políticas. Para eso me eligió el pueblo estadounidense y he de cumplir con su mandato y no se olvide que soy el número uno”, le recriminó para dar por finalizada la reunión. Ya anocheaba, miró la hora en un reloj de pared y por la diferencia horaria, sabía que en media hora se produciría ese gran acontecimiento que enorgullecería a todo su pueblo. Llamó a dos de sus asesores y se encerraron en la oficina que ocupaba, le dio orden a su secretaria, que nadie los molestara, se lo

veía tenso y con muy pocas ganas de hablar. Un llamado telefónico le confirmó que el operativo corría por rieles normales y eso lo tranquilizó. “En media hora nacerá un nuevo mundo, con un claro predominio de mi País y en todo el mundo hablarán de Truman”, pensaba aunque nada le dijo a sus acompañantes.

.....
Akira Hachijo, esa mañana del 6 de agosto, quince minutos antes de las ocho, había dejado su pequeña hija en la escuela, hora en que ella entraba a trabajar en la oficina de una importante fábrica, como secretaria del gerente de ventas. Se sentía feliz, ella y su marido trabajaban para poder comprarse una casa y darle una enseñanza superior a su hija. Eran todos sueños que poco a poco se iban cristalizando. Eran épocas de guerras y difíciles pero la iban sobrellevando aceptablemente. Dejó su saco en la percha y, como hacía siempre, fue a un armario en busca de las carpetas que le llevaría a su jefe, que ingresaría media hora después de las ocho de la mañana, para que las tramite. Miró la hora, faltaban treinta minutos para el arribo de su superior. Decidió calentar el agua para hacer un té y prepararle uno a su jefe. Mientras esperaba, se ubicó en la silla de su escritorio y ordenó unos papeles que estaban junto a la máquina de escribir que ella utilizaba. Se sentía bien, era feliz y nada de qué preocuparse. Guardaba el momento para ponerse a trabajar.

.....
Un día después, de ese fatídico 6 de agosto, en un pequeño pueblo de la Provincia de Buenos Aires de la República Argentina, Pelusa, un niño de no más de ocho años, abandonaba su casa para ir a jugar al potrero con otros amigos a la pelota. Su madre le había recomendado que no volviera muy tarde, que regresara antes de que anocheciera. Como siempre le contestó afirmativamente, para que se quedara tranquila, sabiendo que no cumpliría. En ese pueblo las noticias no llegaban con puntualidad, las radios, si había tormenta o llovía, la descarga que producían estos fenómenos en los aparatos a válvulas, impedía escucharlas. Y ese era uno de esos días.

.....
El B 59 de la Fuerza Aérea de los Estados Unidos, había cubierto, como estaba estipulado, el periplo de seis horas de vuelo llegando a su destino. Volaba a 9470 metros de altura. El piloto consultó a la base de operaciones y recibió la autorización para cumplir con su cometido: “Saquen a pasear al Pequeño muchacho”, escuchó y sabía de que se trataba. Cronometró la hora eran las ocho y quince minutos. Hiroshima y su gente, ignorando todo lo que pasaba arriba, hacía su vida normal abajo. Todo esto hasta que, luego de ser lanzada la primera BOMBA A tardara, aproximadamente, un minuto en alcanzar su punto de explosión y estallara en el corazón de la ciudad, a 600 metros de altura. Y ya nada fue igual. Una luz brillante iluminó el interior del avión. La ciudad atacada, había sido ocultada por

aquella nube horrible, de un poder desbastador. En la superficie, el dolor y la muerte de inocentes, como las víctimas de todas las guerras. En estos casos el objetivo no justificaba los medios. Un sobreviviente diría años después “Vimos otro sol en el cielo”. ¡MIRE ESO! ¡MIRE ESO! ¡MIRE ESO!, aulló el copiloto del avión, Robert Lewis, golpeando sobre el hombro del piloto. A lo que un atribulado Paul Tibbets, a cargo del ENOLA GAY, le respondiera: “DIOS MÍO, QUE HE-MOS HECHO”. Akira Achijo, en la oficina, junto a su jefe, recibió el impacto, no tuvo tiempo ni de pensar en su hija, ni en sus sueños, ni en todo aquello que amaba, no le dejaron ninguna alternativa, nada más que morir. Demás está decir que no estaba en el lugar indicado, ni en el momento oportuno. Sin saberlo se vaporizó, en un instante, como otros 200.000 compatriotas por los efectos de la bomba. Harry Truman, apoltronado en un cómodo sillón en su oficina de la Casa Blanca, recibió la noticia con suma alegría. Tomó del bar tres vasos, que compartió con sus acompañantes una vez agregado un fino escocés. “Es hora de brindar, EL PE-QUEÑO MUCHACHO” -así hemos denominado a la bomba arrojada instantes antes en Hiroshima, ha hecho su trabajo, de acuerdo a lo estipulado. Esos son mis muchachos, hoy es un día glorioso para mi País. ¡Salud!”, les dijo a sus acompañantes y apuró de un trago, el contenido de la copa, todos lo imitaron. Al mismo tiempo, ya más sereno, les impartió una orden: “Prepárenme los temas de mi conferencia de prensa, que daré en un par de horas, quiero que mi pueblo esté al tanto de lo sucedido, por boca de su propio presidente, y que salgan a festejar a las calles”. Veinticuatro horas después recibiría la visita del científico Julius Robert Oppenheimer, quién abrumado por el tema de Hiroshima le dijo al Presidente, lo que este nunca, se imaginaría escuchar, de alguien tan importante, considerado uno de los padres de la Bomba Atómica, arrojada unas horas antes en Japón: “Señor Presidente, siento que tengo sangre en mis manos, espero que esta experiencia sea suficiente y que tenga el tino de suspender la de Nagasaki”. “De ninguna manera la suspenderé y sepa que esto es para demostrarle a nuestros nuevos “amigos”, los rusos, de nuestra supremacía y de lo que somos capaces de hacer. En otras palabras, para que lo entienda, le meteremos miedo a cualquier aventura, que quieran acometer”. Le dijo mirándolo con fiereza a los ojos. “Mire, señor Presidente, lo de supremacía, es relativo, ellos están a punto de lograrla, lo mismo que Francia e Inglaterra. Y sepa que para meterles el miedo que usted aduce, murieron doscientas mil personas inocentes”. “¡Inocentes!” –se sulfuró el mandamás- “no se olviden que son japoneses los que murieron” y poniéndose de pie, señaló para indicarle que la reunión había concluido, lo despidió con un frío saludo, sin estrecharle su mano, como lo había hecho cuando ingresó. “Buenas tardes” –le dijo secamente dando por concluido el encuentro. Cuando el científico bajaba las escalinatas de la casa Blanca, para trepar al automóvil que lo estaba esperando,

pensaba: “A este le gusta cazar en el zoológico, debería saber que como en los restaurantes, nadie se va de este mundo sin pagar sus cuentas.”. El presidente en su despacho, llamó a uno de sus asesores de confianza, cuando ingresó, sin dejarlo hablar le espetó: “Este científico es un bebe llorón y sepa que a este hijo de putas no lo quiero ver más por aquí, ¡comprendido!”. “Si señor” -le dijo su subordinado y sin esperar otra orden, se retiró del despacho.

La madre de pelusa salió de su casa, en dirección del baldío en donde se encontraba su hijo. Lo que acababa de escuchar por la radio, aunque con interferencias, la había asustado sobremanera. Ingresó al baldío y se dirigió al lugar en donde se encontraba: “Vení, vamos para casa”. “Pero mamá es temprano todavía”, se quejó el niño. Pero antes la insistencia de su madre tuvo que ceder. Cuando ingresaron a la casa, vio que todas las ventanas y puertas estaban herméticamente cerradas. La puerta que daba al patio, tenía colocada una bolsa de arpillera en la parte inferior. En un rincón de la sala de estar estaba prendida una vela en la estatuilla de la Virgen María, como hacían en las festividades religiosas. Preocupado Pelusa, le preguntó a su madre: “¿Qué pasó mamá?”. “¡La bomba hijo, la bomba!” –y no le dio más explicaciones. El chico se dirigió a su habitación, a sus espaldas escuchaba que su madre había comenzado a rezar: “Madre María madre de Dios...”. Ya en sus aposentos, se recostó en su cama, y en la penumbra se entretenía mirando un rayo de luz que se filtraba desde el techo de chapas, que cuando llovía producía una gotera cerca de la puerta de entrada, que su madre superaba colocando una palangana, con un trapo adentro para que no salpicara. Pero claro, cuando volvía a la realidad, seguía sin entender lo que pasaba. “¿Qué será eso de la Bomba?” –se preguntaba-

Guamá

Desencuentro

Renato_ Me pregunto por qué me pusieron “ese” nombre. Me llamo Renato, un nombre horrible. Cierto que ellos me adoptaron cuando era muy chico, pero por ahí yo tenía otro nombre, aunque no lo recordaba. O no pude decírselo. Seguro que era un nombre mejor que éste. Pero así fueron las cosas...

Siempre me sentí un extraño en esta familia, una especie de intruso al que soportan por obligación. Creo que la que influyó mucho para que me recibieran es la tía Maruca, pero después se fue a vivir a La Plata y no hay mucho contacto con ella.

La que decididamente me rechaza es Teresa. Renato de acá, Renato para allá... Renato, Renato, Renato... Siempre lo mismo. Y yo, más de una vez, haciéndome el distraído para no responder a este nombre que detesto. Entonces me reta por no contestar. Antes, yo agachaba la cabeza y me iba al rincón más fresco y sombrío del patio, a mascullar mi bronca.

Creo que la abuela Cloti era la única que me comprendía, pero se murió pronto. Ese día, anduve vagando por las habitaciones en duelo durante horas y después quise estar al lado de ella para despedirla, pero me llevaron de vuelta a casa, como si mi presencia silenciosa estorbara.

Teresa se convirtió en la única dueña y en la mandamás de todo, hasta de su hijo Lucas, que es un muchacho demasiado tímido y sensible como para enfrentarla. Yo no cuento, mejor dicho, dejé de contar definitivamente cuando se fue la Cloti.

Teresa_ Está cada día más insoportable. Me irrita esa actitud suya de bajar la cabeza e irse derecho a la vereda, como si despreciara todo lo que le damos. Antes, por lo menos se quedaba en el patio, pero ahora se exhibe en el umbral, como para que los conocidos piensen que lo dejamos de lado.

Pasa que la abuela Cloti lo consentía demasiado. “Mi chiquito”, le decía cuando él se subía a su cama para recostarse a su lado. Y, cómplices los dos, me miraban como si yo fuera la odiosa de la casa.

A veces me da lástima porque desde chico, cuando lo adoptamos, tiene una renquera que nunca pudo curarse. Se convirtió en el discapacitado de la familia y se ve que ahora que pasaron los años, se ha vuelto agresivo o indiferente, según el humor de cada día. Hay veces que se niega a comer y hasta me parece que me mira con desprecio cuando le insisto: Renato, te vas a debilitar...

Me tiene cansada. Por momentos parece ausente. Ya asumimos que le faltan agilidad e inteligencia. Pero bien que cuando quiere, entiende, y hasta me saca la lengua y la deja colgando para expresarme su rechazo. Si no fuera porque tomamos la responsabilidad de adoptarlo -un error, claro-, ya no lo tendría con nosotros.

Lucas_ Entiendo que a mamá la irriten las actitudes de Renato, pero a mí me da lástima, pobrecito. Nunca supo quién es su familia original. Cuando decidimos adoptarlo ya sabíamos que no sería fácil, sobre todo por su renguera. Nunca nadie lo reclamó ni se supo quiénes eran los que lo dejaron abandonado a su suerte.

La que mejor lo comprendía era la abuela Cloti. Ella le acariciaba la cabeza cuando lo veía nervioso, le sacudía el pelo con una caricia jovial y con el dedo índice le tocaba la nariz en un gesto que siempre terminaba en un estornudo feliz por parte de Renato. Se entendían mucho los dos...

Pero desde que la abuela faltó, nadie parece preocuparse demasiado por él. Yo me incluyo; la escuela me tiene ocupado medio día y por la tarde voy al fútbol, pero no puedo llevarlo por su dificultad para caminar. Y no hay otro hombre en la casa. Si estuviera papá podría sacarlo cada tanto a pasear en la camioneta. Aunque con su carácter, dudo de que lo quisiera.

Renato_ La calle me aturde. Cuando Teresa se pone insoportable me siento al lado del umbral y miro pasar... autos, motos, bicicletas, gente de a pie. Nadie repara en mí. Entonces cierro los ojos. El vértigo de los ruidos me adormece y se me caen los párpados. A veces sueño que me voy lejos, que estoy en un campo lleno de pasto verde y de mariposas. Cuando era chico me gustaba perseguir mariposas, aunque siempre se me escapaban porque me costaba correrlas.

No sé para qué sigo en esta casa, donde me siento discriminado. Al final, la mía es una vida de perros, así la siento yo...

Pensándolo bien, eso tendría que hacer: irme cuando no se den cuenta. Bueno, creo que no les importaría demasiado si se dan cuenta. A lo mejor una de estas tardes, cuando Teresa se pone a charlar horas por teléfono con sus amigas...

Lucas_ ¡Desapareció! No lo encontramos por ningún lado. Revisamos toda la casa, habitación por habitación, y varias cuadras a la redonda, pero nada. No puede haberse ido lejos, con esa dificultad para caminar.

Si le pasa algo, nos vamos a sentir culpables los dos, mamá y yo. De pronto, uno se da cuenta de que no le dimos verdadero amor. Comida, un techo, lo necesario para mantenerse y una supuesta "familia" adoptiva, sí. Pero todo eso es insuficiente para que alguien se sienta querido de verdad. Me angustia su ausencia.

Teresa_ Lo buscamos por todo el barrio y por barrios vecinos, pero nada. ¿Qué le habrá pasado?, me preguntan los conocidos. Eso me fastidia. Se habrá ido por su voluntad; hay que esperar, qué sé yo, tan raro siempre. No sé, tengo como un nudo en la garganta...Lucas salió a pegar su foto en los árboles y tapiales, pero nadie

llamó para decir que lo habían identificado. Me siento culpable. Al final, en el fondo, todos lo queremos...

Renato _ Por fin me siento libre, libre, libre... Anduve vagando por calles desconocidas y esa libertad me hizo sentir joven. Ahora estoy aquí, descansando cerca de las vías del tren, bajo los eucaliptos que dan sombra y la algarabía de los pájaros. Ni pienso en volver a casa. Aunque extraño un poco. Recuerdo que la abuela Cloti me decía “mi chiquito” y su voz temblorosa me llenaba de una emoción grande...

Pero los otros... No sé. Me pasa algo raro con ellos. A pesar de todo, yo los quiero y me hubiera gustado decírselo antes de irme para siempre.

Lucas _ Lo vi desde lejos, sentado junto a las vías, solitario, como siempre. Pensé en gritarle: Te buscamos por todas partes. ¿Por qué te fuiste así, en silencio? Cuando se dio cuenta de que era yo, se levantó de un salto, difícil para su renguera, y como pudo empezó a alejarse. Ahí sí le grité fuerte: ¡No te escapes! ¡Volvé a casa! Esperá, no cruces ahora...

No llegué a tiempo. Corrí desesperado, pero no llegué a tiempo. Cuando lo levante en brazos, ya casi no respiraba. Sentí que sus ojos nublados por la telaraña de la muerte me miraban con cierta ternura. Después, sólo un gemido leve y finalmente, un ladrido tembloroso como hacía años no le escuchaba. A lo lejos, el silbato del tren ya no importaba.

No puedo evitar este dolor que se me clava fuerte en el pecho. Mientras lo llevo acariciando su pelaje ocre, miro hacia el pasado y siento mucha pena, por él y por nosotros. A pesar de todo, lo queríamos y nos hubiera gustado decírselo antes de perderlo para siempre.

Argos

Marcelino el impasible

“Perros guardianes del orden y la ley
asesinos a sueldo, abuso de poder”

*Extraído de la canción “Fuerzas de seguridad” del disco “Los Gobiernos Pasan, las sociedades mueren pero la policía es eterna”
(1984) de Vómito.*

Una fría noche del mes de Abril, en la maternidad de un hospital público, nació un niño. El hecho no tendría ninguna relevancia (nace tanta gente a diario) si no fuese porque ese bebé es el protagonista de nuestra historia. Los médicos se miraban asombrados en el momento del alumbramiento ya que el neonato no derramó una lágrima en tan doloroso trámite.

Inmediatamente, y casi sin dejarle saludar a su madre, lo metieron en una incubadora y comenzaron a hacerle pruebas. El diagnóstico dejó perplejo al equipo médico del hospital. El niño estaba totalmente sano. Respondía a estímulos frío-calor, se alimentaba, ganaba peso y hacía sus necesidades igual que los demás. Pero no lloraba.

Un científico, alertado por un compañero de facultad que trabajaba en el hospital, decidió estudiar el asunto. Tras someter al niño y a la madre a nuevas pruebas descubrió que ambos presentaban niveles altísimos de exposición a ondas de telefonía móvil y wifi. La madre no presentaba daños pero las conexiones neuronales del niño estaban alteradas. El científico preguntó a la madre si vivían cerca de alguna antena y la madre contestó que no pero que el padre, que trabajaba de camionero en rutas internacionales, había tenido la gran idea de pedirla que acercase el teléfono móvil a su útero para que su futuro hijo fuese acostumbrándose a su voz. Durante el embarazo había mantenido largas conversaciones con su hijo ya que tenía una tarifa muy económica, al tener contratada la línea fija, la televisión, el internet y dos móviles más así que las llamadas internacionales le salían solo a tres céntimos el minuto.

El científico sospechó que existía una conexión entre ambos acontecimientos así que comenzó a investigar. Y descubrió que el pequeño Marcelino, pues ese fue el nombre elegido por sus progenitores para el muchacho, presentaba un desorden emocional desconocido hasta la fecha. Sus conexiones en el cerebro estaban intercambiadas. Cuando estaba triste o enfadado, comenzaba a reír. Cuando estaba alegre y contento, gruesos lagrimones caían por sus mejillas. El científico estaba fascinado con su descubrimiento. Recopiló datos y estableció empíricamente y sin lugar a dudas que las ondas procedentes de ordenadores, tablets, móviles y demás aparatos electrónicos conectados a una red podían dañar a los pequeños que están

en fase de desarrollo. Pero sufrió un misterioso accidente días antes de dar una conferencia en la Universidad en la que iba a revelar su descubrimiento. Supuestamente, se produjo un cortocircuito en su aparato de TDT mientras el científico visionaba el partido que enfrentaba al Real Madrid con el Fútbol Club Barcelona, el partido del siglo de aquella semana. Las llamas pronto alcanzaron las cortinas del salón y el fuego se extendió por toda la vivienda. Cuando los bomberos llegaron solo pudieron constatar que el científico había fallecido y todas sus pertenencias estaban calcinadas, incluidos su ordenador y sus cuadernos, donde guardaba los datos de sus investigaciones. Lo más curioso del caso es que el eminente científico nunca manifestó interés por el deporte rey. Nadie prestó interés alguno por este detalle. A la policía le pareció increíble que hubiese algún ser humano que no estuviese pendiente del partido en ese momento. El resultado fue empate a dos.

A partir de aquí, la vida del pequeño Marcelino fue un desastre detrás de otro. Pronto los vecinos empezaron a quejarse de ese niño que les despertaba a las 3 de la mañana con sonoras carcajadas y recriminaban a su madre que a esas horas estuviese de cachondeo con el chiquillo. Cuando empezó a relacionarse con otros niños y niñas la cosa no mejoró. Todos se daban cuenta de que había algo raro en la cabeza de Marcelino. Ese niño se reía cuando los otros le tiraban arena a los ojos y lloraba subido en el columpio y cuando se lanzaba por el tobogán.

En la pubertad y adolescencia la situación no mejoró. En el instituto, cuando aprobaba un examen se echaba a llorar, así que pronto comenzaron a considerarlo el típico rarito que aunque aprueba, se entristece por no sacar mejor nota. Y lo dejaban de lado. Cuando su primera y única novia le dejó, Marcelino comenzó a reír de manera histérica convenciendo a la muchacha de que había hecho lo correcto alejándose de aquel desequilibrado.

Parecía que su vida se dirigía hacia el desastre como una moto trucada pilotada por un quinceañero. El mundo entero rechazaba a ese ser y en la soledad de su habitación estallaba en carcajadas. Su familia no lo entendía, no tenía amigos ni ninguna esperanza de tenerlos. Incluso pensó en el suicidio, pero es difícil apretar el gatillo cuando no puedes contener la risa.

Así que, antes de cumplir dieciocho años, Marcelino tomó una determinación. Trabajaría muy duro para controlar sus emociones. Leyó libros de psicología, de filosofía, de psicoanálisis, de meditación y alguna novela también, que no todo va a ser estudiar.

Descubrió a los faquires y su control mental. Decidió viajar a la India a buscar un maestro que le enseñase. Le costó mucho ahorrar algo de dinero para el viaje porque los trabajos no le duraban mucho. A la primera bronca que le pegaba el jefe, una sonrisa asomaba a sus labios y solían despedirle. Finalmente, consiguió reunir

el dinero suficiente y llegó a la India. Realizó grandes progresos para encauzar su vida.

Y volvió.

Y encontró un trabajo. Catorce pagas, cotizando a la seguridad social y lo más probable es que pueda jubilarse antes que tú, porque consideran que su trabajo es realmente peligroso, aunque siempre trabaja en grupo y con protecciones. Trabaja para el estado. Es funcionario y la única pega de esto es que no recibe cesta de navidad. Marcelino es antidisturbios. Persigue manifestantes mientras los golpea con su porra sin sentir ningún remordimiento. Sus emociones están en un cómodo segundo plano. Desahucia familias enteras y desaloja centros sociales sin sentir lástima por nadie.

Incluso en alguna manifestación se permite que sus emociones salgan a la luz como vía de escape. Y ríe como un loco mientras aporrea a los que intentan refugiarse en los portales. Algunos de sus compañeros le tienen miedo. A sus espaldas dicen que es un sádico. Al capitán le encanta. Está pensando en ascenderle a sargento. Hace dos semanas le pusieron una condecoración

Y así fue como el pequeño Marcelino encontró su lugar en el mundo. En su mundo.

Juan García

La lola de itsbettertorise

"Llegas tarde".

"No es que no sepa calcular bien el tiempo, es que soy optimista".

"Te está esperando". ¿Tu sabes que en el pueblo mi amiga vivía a 15 minutos de mi casa y era la que más

lejos vivía? Era algo que hacia muy de vez en cuando, ir a verla. Te cuento.

La Lola, La Lola con ambas eles en mayúsculas, tiene 54 años, vive en Madrid, tiene el pelo canoso y lleva zapatos amarillos y medias de telaraña.

La Lola, vive en Madrid pero nunca se le ha dado bien, me refiero a lo de vivir, tiene el pelo canoso tapado

por una peluca, y hoy lleva zapatos amarillos y medias de telaraña.

La Lola, tiene 54 propósitos – sin cumplir-, se asentó en un pequeño barrio gitano de Madrid, y cada pelo

que se le cae no se lo toma como una pérdida de algo, si no como esperanza en forma de malla que acaba de

tejerse. Hoy decidió llevar zapatos amarillos y medias de telaraña, así no la reconocen.

La Lola ayer no felicitó a su madre porque hoy tiene una hija que mañana podría ser otra.

Sus pasiones son los inicios, y los vecinos.

La Lola hace 32 años y 3 meses y 17 días asistió al siguiente acontecimiento: un hombre se echó a llorar en

sus brazos, y le confesó que la quería. Le regaló sus sentimientos más íntimos. Admitió que estaba

enamorado de ella, vaya. Ese día llevaba zapatos rojos y calcetines de lunares.

La Lola llevaba 8 años acostándose con hombre aleatorios, y ese día decidió hacer de cada encuentro efímero

una eternidad especial.

Ese hombre empezó diciendo que si podía contarle un secreto, le dijo que la quería, ella no se sorprendió, ese

hecho inesperado era a la vez algo que hacía que todo encajara, hicieron el amor durante horas, de verdad

que me encantas, lo hicieron de mil maneras, te prometo que nunca he sentido algo parecido, y al correrse le

susurró al oído: son los secretos las mayores verdades de las personas.

No volvió a verle.

Al día siguiente Carlos le confesó que tomaba cocaína para ir a trabajar, el miércoles Andrés admitió que

había tenido deseos sucios con su propia madre, Felipe el jueves reconoció que nunca había comido un

helado, durante el fin de semana se enteró que Julio se hacía mínimo dos pajas al día, Marco soñaba con ser

astronauta, y Luca dividía las escaleras de su casa en números divisibles entre tres obsesivamente.

Si la realidad está en lo que ocultamos, La Lola su secreto lo esconde debajo de la falda.

La Lola roba cuerpos, La Lola roba secretos.

La Lola tenía 13 años cuando fue a esconderse a Madrid debajo de unas nubes que lloraban por ella. Llevaba

zapatillas de andar por casa marrones y calcetines blancos.

Caminaba en pijama porque sueña de día.

La Lola tenía 5 años cuando por primera vez se miró al espejo y se vio dentro de un cuerpo que no le

correspondía. Ese día estaba descalza.

Si no le devolvían el suyo, necesitaba buscarlo por su cuenta. No sabía quién aspiraba a ser, pero una certeza

la poseía: no quería ser él mismo. Huérfano de materia, ladrón de posibilidades.
¿Y sabes lo que hizo?
Lo que hizo fue acostarse con un hombre al día, atracaba desnudeces y saqueaba identidades. Un alma en constante cambio.
Qué pena que sus padres era tan mayores que no lo pudieron ver, no pudieron ver la Creación de un cuerpo en tan sólo 7 años.
Con 6 años y 365 días él sabía que estaba viviendo lo mejor y lo que quedaba de existencia iba a ser basura.
Era un día bisiesto, había una posibilidad mas. Cogió la ropa de la calle, y calzó el uniforme de un muerto:
algunos opinan que es como abrigarse con el alma de un desconocido, para otros le acabas de robar a un cadáver. La Lola esa mañana se despertó y se reconoció. Llevaba tacones de 5 centímetros y medias transparentes.
La Lola nació en 1962, en un barreño en provincia de Sevilla, no tenía pelo, y le pusieron zapatos azules, calcetines de rayas y el nombre de Diego.
¿Oye a todo eso qué era lo que te quería contar? Ah, cierto, que para ir a casa de mi mejor amiga que vivía en la otra punta, 15 minutos era lo que tardaba. Yo eso de las capitales aún no lo entiendo.
Voy entrando.

María Beatrice Pizzi

El dromedario Akil

Akil y Farid eran dos dromedarios unidos por un destino aciago: vinieron a este mundo solo para trabajar, sin que hubieran momentos para formar parte de una caravana, vincularse con otros de su especie o formar cada uno su propia familia.

Nacieron en localidades diferentes en Libia, pero un día, a poco de nacer fueron adquiridos por un rico agricultor que los alquilaba a diferentes caravanas, pero justo cuando empezaban a familiarizarse con los otros dromedarios, vencía el contrato de arriendo y eran alquilados de nuevo.

Recibían tratos diferentes, algunos amos los trataban con cierto respeto, otros en cambio los cargaban hasta más allá de sus fuerzas.

Ni Akil ni Farid, recordaban en que momento cruzaron la frontera con Túnez y no regresaron más a Libia. Allí fueron separados y enviados a granjas distintas y un día ambos volvieron a encontrarse donde el viejo Abán, que tenía una especie de asilo de dromedarios y camellos. Hasta su granja llegaban aquellos animales enfermos o demasiados viejos para poder trabajar.

Abán sin embargo, los seguía explotando y fue así como un día los ofreció a Moammar un joven desempleado que había decidido ganarse la vida paseando animales por las playas y permitiendo a los turistas dar pequeños paseos.

Pero creo que es el momento de aclarar que el dromedario es un tilópodos similar al camello), del que se diferencia por su pelaje generalmente más corto, cuerpo menos robusto y presencia de una joroba en lugar de dos.

Su anatomía muestra cómo ha ido adaptándose a la cálida vida de los desiertos arenosos donde desarrollan su vida: las rodillas y tobillos tienen callosidades que las hacen más resistentes al ardor de la arena cuando se sientan, sus pestañas largas y finas mantienen los ojos a salvo de que les entre arena, y en la joroba mantienen un depósito de grasa del que pueden nutrirse e incluso generar agua si es necesario.

Tienen una gran capacidad de resistencia a la deshidratación lo que los ha transformado en animales muy valiosos para la vida en el desierto.

Ahora la vida de Akil y Farid había tomado un nuevo rumbo bajo esta condición de empleados o mejor dicho explotados al servicio del turismo internacional.

Moammar los alimentaba diariamente les daba algo de agua y se dirigía con ellos a la playa, en la zona hotelera. Un día iba montado en uno y al día siguiente cambiaba y así sucesivamente, salvo para las fiestas de Ramadán en que gozaban de varios días de descanso, o bien cuando llovía, que ocurría lo mismo y la verdad es que en la costa mediterránea de Túnez estaba lloviendo mucho. Farid escuchó de unos turistas alemanes que esto era consecuencia del cambio climático.

No supo que cambio era ese, pero igual se sintió agradecido de él ya que un día de lluvia era un día de descanso y para dos dromedarios viejos como ellos eso parecía muy bien.

Así transcurrían sus días, a veces había muchos turistas y por lo tanto muchos paseos, muchas fotos, muchas filmaciones en cámaras de video. Otros días el negocio estaba flojo y Moammar los ataba a un árbol y decía que iba a tomar un café, pero ambos dromedarios sabían que lo que iba a tomar era una cerveza ya

que en ese barrio de hoteles para turistas estaba permitida la venta de alcohol, lo que en cambio estaba prohibido en el barrio musulmán donde vivía Moammar.

Uno de esos días ambos animales se pusieron a conversar sobre la vida de los dromedarios, sobre la capa de lana que recubre sus cuerpos y que genera una especie de cámara de aire que atenúa el fuerte calor del desierto.

Los dromedarios se alimentan de ramas, hierbas y hojas, y por esos en sus viajes tratan de comer todo lo que pueden y si encuentran agua pueden llegar a beber grandes cantidades de ella.

Akil le contaba a Farid que en sus años de gloria llegó a pesar unos 500 kilos, pero posteriormente por la mala alimentación bajó 100 kilos de peso.

Farid en tanto le decía que él se sentía orgulloso de su joroba ya que la grasa que ella contiene le había permitido en una oportunidad sobrevivir 12 días en el desierto sin comida ni agua.

Akil se vanagloriaba recordando que en su época de dromedario joven, podía andar más de 100 kilómetros diarios, cargando sobre sus espaldas una pesada carga.

-A mí lo que no me gusta son esas turistas alemanas gordas que siempre se quieren repetir el paseo, se quejaba ahora Akil.

-Si yo fuera Moammar pondría una regla que sólo se pueden subir a los dromedarios los niños, a mí tampoco me gusta llevar a pasear, a turistas obesos, respondió Farid.

-Y a tí ¿qué tipo de turistas te gustan?, preguntó Akil.

-A mí me encantan en general los franceses, especialmente la mujeres ya que ellas suelen preguntar si estamos bien alimentados, si nos dan agua, se ve que ellas se preocupan del tema de los derechos de los animales, en cambio los norteamericanos nunca se ponen a pensar en el dromedario en el cual van sentados, si este está cansado, si tiene hambre o si tiene sed.

-A mí me gustó mucho un niño portugués que vino un día, se llamaba Joao. Su padre quería que se subiera arriba mío para tomarle una foto. Pero él no quiso, dijo que sería feliz si podía dar un paseo, a mi lado caminando. Me fue conversando todo el camino, me preguntó cómo me sentía, si estaba cansado, si era viejo, fue una bonita experiencia, es la única vez que un turista me habló a mí directamente. Lo malo es que como nosotros no podemos comunicarnos con los humanos, no le pude responder, pero parece que él estaba adivinando lo que yo pensaba.

-En cambio a mí me han hablado pero para decirme groserías que andaba muy despacio, incluso uno me dijo “camello tonto”, me dieron unas ganas de darle una patada y decirle: tu eres el tonto pues no soy un camello, soy un dromedario, dijo Farid.

Así se hizo la tarde y llegó la noche, Moammar vino más tarde que nunca, los desató y los llevó a casa.

Al día siguiente, iniciaron la jornada más tarde. Moammar había discutido con su esposa y se acostó tarde y se levantó tarde. Por eso llegaron a la playa cuando había mucha gente. En el lugar donde está el letrero de los paseos se había congregado gran cantidad de personas y para desgracia de Akil había muchas turistas gordas.

Trabajaron intensamente hasta que se entró el sol. Cuando ya pensaban que el trabajo había terminado llegó una abuela con su nieto, un chico de unos 10 años que tenía la sonrisa más triste que en toda su vida hubieran visto Akil y Farid.

El chico no tenía ganas de dar una vuelta pero la abuela insistió tanto que al final de mala gana aceptó. Moammar le dijo que él mismo eligiera el dromedario y para sorpresa de Akil, fue el elegido.

La abuela quería acompañarlo, pero Moammar le dijo que dejara al niño sólo con el animal, ya que les hacía bien a los chicos entrar en contacto con los dromedarios. La tranquilizó diciéndole que Akil era un excelente dromedario y que daría una breve vuelta y regresaría sólo.

Efectivamente tras un breve paseo, Akil, llevó al niño de vuelta. Al parecer había gustado del paseo ya que le pidió a la abuela repetir la experiencia al día siguiente.

-¿Qué te pareció?, preguntó Akil

-¿Qué me pareció quién?

-El niño pues, ¿quién otro podía ser?

-Bueno podrías preguntar por la abuela, ella estuvo aquí contando una historia muy triste de su nieto.

-Cuéntame ¿Qué dijo?

-Bueno le contó a Moammar que los padres del niño que se llama Santiago y es español, murieron en un accidente aéreo y debió sacar al chico del colegio ya que lo ha pasado muy mal, tiene pesadillas por la noche y está en tratamiento médico.

-Con razón me pareció tan triste, dijo Akil, creo que nosotros podríamos ayudarlo, ¿Qué te parece la idea Farid?

-Ayudar hummm ¿pero cómo podríamos hacerlo?

-Yo tengo que hacerlo, una vez un camello me contó que tanto ellos como nosotros, somos capaces de liberar una enzima a través de la transpiración, entonces sí puedo traspasar mi transpiración a la piel del chico, tal vez pueda ayudarlo.

Akil no durmió esa noche pensando cómo podría ayudar a Santiago, pero tenía la certeza que sería capaz de liberar esa enzima que lo ayudaría a volver a tener ilusión por la vida.

Al día siguiente la abuela llegó temprano y el chico le pidió que pagara el doble por el paseo a fin de poder pasar un poco más junto al dromedario.

Akil, estaba radiante, caminó lentamente e incluso se permitió dar unos pequeños trotes. El tiempo pasó volando y Moammar debió silbarle para que regresara.

A Santiago le quedaban dos días aún de vacaciones y prometió regresar cada día para el paseo, y Akil estaba empeñado en ayudarlo a que pudiera superar esa tristeza.

El último día el dromedario hizo su mayor esfuerzo para poder liberar la enzima salvadora.

La abuela regresó a Madrid y todos observaron un cambio en Santiago, venía más repuesto, el sol había provocado una mejoría en su piel y la sonrisa había vuelto a su rostro.

En Túnez, Farid despertó y observó con dolor que a su lado yacía Akil ya sin vida. Moammar vino a ver al sentir el alboroto de Farid y observó al dromedario muerto. Su vecino se acercó para corroborar el estado de Akil y Moammar se lamentaba que cómo podía ser esto ya que los últimos días no había tenido casi nada de trabajo, simplemente pasear a un niño bastante delgado.

-No sé que pudo pasarle, esfuerzo no ha hecho ninguno.

Farid pensó que los humanos eran ciegos no sabían nada, precisamente los últimos días, Akil había hecho el mayor esfuerzo de su vida: ayudar a cambiar la tristeza de un niño en alegría.

Isabel Alonso

En busca de trabajo

A Pepiño Grau lo conocí en Madrid en los años cincuenta. Era un muchachote de unos diecisiete años, sano y alegre, que abandonó su Galicia natal, como tantos otros, para buscarse la vida en aquella época de vacas flacas y sueños juveniles.

Éramos compañeros de hospedaje. La Pensión Asturiana, a dos pasos de Sol, estaba en la calle Espoz y Mina, y acogía, por quince pesetas diarias, a una docena de jóvenes y menos jóvenes, oficinistas en ciernes como yo, camareros más o me-

nos prometedores como Pepiño, y el etcétera de jubilados y estudiantes de filiación modesta que cabía esperar del derroche de lentejas y naranja diarias (sin palomino de añadidura) con que el ama nos obsequiaba los días pares y los impares. Eso sí, con derecho a ropa limpia y repaso mensual de sábanas fatigadas.

Luego, corridos los años, cada cual tomó su camino. Y el mío, en 1964, me llevó a Berlín, pues supe que la Escuela Berlitz, de la que yo había sido alumno y luego profesor, ofrecía allí una plaza provisional de profesor de español, con lo que yo esperaba dar el salto europeo y, de paso, sacudir mis vacilantes nociones de alemán hermético.

En el otoño de 1964, después de una primera etapa en tren de Madrid a Barcelona, dejé el suave octubre barcelonés y tomé rumbo a Berlín. Pernocté en Frankfurt. Atravesar la Alemania Oriental era como viajar por un túnel entre dos mundos a lo largo del tiempo. Se vivían aún las duras secuelas de la Segunda Guerra Mundial.

Una pequeña colina dio la señal de que Berlín se acercaba. Pronto dominó el paisaje la Torre de la Televisión (la *Fernsehturm*) y la madura esbeltez de la iglesia gótica de ladrillo (la *Marienkirche*). Entraba en el gris plateado de la bruma berlinesa.

El segundo domingo decidí visitar la zona oriental. La verdad es que me inquietaba la idea de pasar el muro en ambos sentidos con un simple pasaporte mientras que los berlineses sólo lo podían intentar con riesgo de su vida. Días antes, había estado en el centro cultural de la embajada de Estados Unidos, donde se exponían en fotografías murales diversos episodios sangrantes de ciudadanos tiroteados al cruzar el muro maldito. A los tres años de su construcción, no se había extinguido todavía el ardor de los guardias apostados las torretas de vigilancia con orden de disparar a los intrusos.

En el *Checkpoint Charlie* -puesto de control exhaustivo y de acceso- había una cola termitera de turistas a la que me sumé, de mala gana, para esperar mi turno.

Contemplé con aprensión las hileras incesantes de ladrillos, levantadas por orden de la República Democrática Alemana para contener el éxodo masivo de ciudadanos al Berlín Oeste.

El centro de vigilancia era un filtro policial de tres fases. Pasabas con el dinero oriental en una mano y el pasaporte en la otra; te daban un papelito que prometía cortésmente en tres idiomas tu busca y captura si antes de medianoche no estabas de vuelta. La triple operación resultó menos lenta de lo temido gracias a la pericia o la costumbre de los vigilantes.

Con el sentimiento agridulce de mi curiosidad, endomingado por fuera y sobre-cogido por dentro, crucé el muro y me alejé unos pasos del *Checkpoint Charlie*.

Al adentrarme en el sector oriental, observaba perplejo el atuendo de los transeúntes; los vehículos, comercios, bares y restaurantes: era inevitable compararlos con los que habían quedado al otro lado del muro.

Veía un mundo de sombras y esperanzas rotas en el que todo era pobre y desamparado, salvo los monumentos y lugares históricos, que ignoraban las crueles divisiones y los males de la guerra. (Los destrozos habían sido en gran parte subsanados).

A mediodía, entré en un pequeño restaurante de aspecto prometedor. Tomé asiento junto al ventanal, que daba a un pequeño jardín. Me puse a descifrar la carta, escrita en inglés y alemán, y pronto se me acercó un camarero, que me preguntó:

-¿Español?

Asentí.

-Pepiño, Pepiño-, dijo mirando detrás de él. Enseguida acudió el tal Pepiño, un muchachote pescozudo y ancho de hombros que me produjo una enorme sorpresa y me saludó con jovialidad:

-Buenos días, señor, ¿es usted español, verdad?

La voz me confirmó mi primera impresión. ¡No podía ser otro que Pepiño Grau, mi antiguo compañero de pensión en Madrid! Habían pasado quince años, pero su rostro colorado y su actitud resuelta eran los de siempre, pese a las canas incipientes y a las ostensibles ojeras, probables indicios del paso de los años y los afanes de su vida. Otras hambres y otras lágrimas.

-Sí hombre, y tú eres orensano.

-Pues sí señor, de Orense.

-¿No te acuerdas de mí, Pepiño? ¿Tanto he cambiado? Soy Ernesto. Estuvimos en la Pensión Asturiana, de Madrid, hace bastantes años...

-¡Claro, hombre!-, exclamó, dándome un efusivo abrazo.

Luego, bajó la voz, sacó de debajo del brazo una carta en español y me la entregó:

-Aquí tienes, ésta te será más fácil, es para los clientes españoles.

Al parecer, tenía prisa y se retiró. Pedí la comida a su compañero, que me sirvió con diligencia. A la hora del postre, apareció de nuevo Pepiño, y me recomendó una tarta que no figuraba en el menú. La había preparado con un paisano de la cocina.

-Muchas gracias-, le dije después. El postre era delicioso.

-Aquí estamos para servir a nuestros clientes, sobre todo si son paisanos.

“¿Cómo estaba trabajando en el Berlín Oriental?”, pensé.

A la hora del café quise sonsacarle, pero fue inútil. A todas luces, temía que alguien oyera la conversación. Pero, por lo visto, pensaba sincerarse conmigo, pues lo que hizo fue darme cita a las cuatro, después de su turno de trabajo, en un bar discreto del barrio. Fuimos puntuales.

Nuestras andanzas en Madrid en los años cincuenta ocuparon la primera parte de nuestra conversación.

-Entonces-, pregunté después, -¿vienes a trabajar al restaurante y vuelves antes de medianoche al sector occidental?

-Eso es. Al principio, vine varias veces a buscar trabajo y no encontré nada.

Luego, unos paisanos me hablaron del restaurante; habían trabajado más de un año en la cocina y en el comedor; pasaban el muro como turistas y se quedaban a trabajar durante el día. Ellos me recomendaron.

-Supongo que eso no está permitido.

-Claro que no.

-¿La policía no detecta la maniobra?

-Hemos dado con el truco. Somos un grupo de cinco amigos, dos de ellos gallegos, por cierto, y nos turnamos, de acuerdo con Herr Bruder, el dueño del restaurante, que está casado con una española.

-Tendréis que ir con pies de plomo.

-Todo está previsto al minuto, incluso los horarios y los días de servicio de los policías. Hace siete meses que empezamos.

-¿Cómo no buscáis trabajo en la Alemania Occidental para evitar riesgos?

-Porque el mercado de trabajo estaba saturado en las ciudades donde buscamos.

Después del café me despedí de Pepiño. Su situación, su aventura, me dejaron caviloso. Confirmaban algo bien sabido: que la emigración siempre había existido a pesar de las fronteras naturales y artificiales. Pero el caso del Muro de Berlín venía a ser un hito histórico inesperado.

Días después, un extraño impulso me llevó a visitar por segunda vez la embajada de Estados Unidos. En una nueva fotografía mural, el cuerpo de Pepiño, con su inconfundible rostro bonachón, yacía ensangrentado, víctima de las balas de sus vigilantes. Aquel día se le hizo tarde para volver por el centro de control y decidió probar suerte por el muro.+++++

Adiós, a Dios...

“Está mirando por la ventana: El mundo parece estar muy lejos. Tal vez sea é quien está perdido en remotos lugares. Lo cierto, lo realmente cierto es que la ciudad se despereza en su arranque matutino al otro lado del cristal. Pero su mente queda ya lejos, muy lejos, tanto que no lo alcanza a imaginar. Se siente solo, pero ya se ha amoldado a ello. Notaría que algo falla si en su piso no hubiera un silencio sepulcral. Los ruidos comienzan a la par que el día pero nuestro protagonista ha decidido que no irá a trabajar, no hoy, ni mañana, sino nunca más. Razones no le faltan, es cierto pero tal vez no afronte la situación con demasiada madurez.

Una imperiosa necesidad de comunicar le invade el corazón, la mente y el cuerpo ya cambiado por los años. Sabe q va a morir, los médicos lo predijeron (si esa es la palabra correcta) hace y más de un año, pero ahora lo siente dentro como un virus que se hace notar síquica y físicamente antes de aniquilar a su víctima por completo. está débil, su cuerpo lo está, sin embargo sus ojos buscan más allá de las calles de la gente, de e la ciudad, del cielo..

- Tal vez está ya todo dicho- murmura entre dientes.
Ya ha hecho el testamento, ya envió (en su día), tarjetas con un repetitivo y trivial: “Feliz año 199...” tal vez tenga razón y no haya nada que decir... nada. Pero sin embargo como empujado por una fuerza que nace quien sabe de que recóndito rincón de su alma se sienta en el escritorio con la pluma en la mano y una evidente postura para escribir. De pronto su mano temblorosa comienza él trabajo, impulsada cual marioneta por el miedo a morir, no a la muerte si no a no haber sido en vida lo que creyó ser. Cada vez más rápido como si en ello le fuera tal vez la salvación, como si estas fueran las últimas líneas y la última mañana que va a ver el sol brillar.

Con la poca inspiración que le ha caracterizado durante toda su (para él) efímera vida, empieza a escribir sin saber realmente que es lo que quiere decir o como o a donde van a ir a parar sus sé divagaciones.

“A DIOS:

Lo más curioso de esta carta en lo que a remitente y destinatario se refiere supongo es el hecho de que soy un ateo convencido y declarado desde hace

años, creo que desde que tuve la razón suficiente par entender realmente lo que era Dios y lo que yo quería que fuera mi vida y se me antojo algo que no se podía mezclar.

Con el paso de los años, imagino que debido también a los nuevos conocimientos que adquiría mí ateísmo se iba puliendo hasta lo que ha llegado a ser: agnosticismo llevado al límite más peligroso.

Como todo ser humano que ha madurado a golpe de religión allá donde quiera que mirase busque una alternativa a algo que en principio y a priori se me hacia imposible. Leyendo libros sobre hinduismo, budismo, Islam, zoroastrismo, jainismo, y por supuesto cristianismo no halle en ellos más que conjeturas sin base sólida donde apoyar una fe.

Ya, ya se que dirás que la fe es justamente eso espero no creo haber caído en pecado al no creer a pie juntillas sin haber visto nada que me lleve a ello.

La menos era algo que tenía tan claro como el hecho de estar vivo...

Es ahora aquí, cuando me pregunto si todo no será un extraño sueño o un juego que no alcanzo, que nadie alcanza a entender. Mi fe en lo relativo, aquello en lo

base mi vida, el lugar que he “conseguido” en este gran cumulo de lugares, ahora me parece como si no tuviera más importancia que algo que tampoco lleo a entender.

Como ves estoy lleno de dudas, supongo que por eso estoy escribiéndote.

He de explicar, a modo de autoexcusa que no estoy clamando al Dios de los cristianos, ni al budista, ni a ningún Dios en concreto, lo que sucede es que ahora, a puertas de la muerte me siento cono si nunca hubiera estado en una senda real y eso e lleva a una desesperación tal que duele más, mucho más que todo el dolor de mi patética enfermedad.

Te hablo supongo para encontrarme respuestas a mí mismo. Como una terapia preparatoria o algo así para lo que ha de ser el final. ¿O acaso no lo es?.

Tampoco importa demasiado. ¿O sí? No sé. Es como si de pronto hubiera notado el vacío que existía en mi vida y nunca se me había desvelado, o como si lo estado encubriendo, que no cubriendo con mentiras que yo mismo inventé para satisfacer a mi no-fe.

Tal vez lo único que realmente veo claro en estos momentos es que voy a morir, sea lo que sea a fin de cuentas eso.

He tratado de edificar mi personalidad en base a los valores que creí eran los más justos. Nunca he robado, matado... si lo pienso detenidamente lo más probable es que nunca haya desobedecido los mandamientos de ningún dios, la única falta en la pude haber caído es mi falta de fe, y dime si por ello se ha de condenar a un hombre justo.

Vaya, creo que no soy del todo coherente ahora mismo parece que te tenga miedo, yo, él que nunca ha temblado frente a nada, ni siquiera frente a la muerte.

No, lo creas o no, no tengo miedo a morir. Lo que sí odio es abandonar esta vida sin dejar rastro fidedigno de nada. Dime de que me ha servido mi sitio en esta sociedad si de mí sólo quedara una esquela y una tumba con plaquita de metal con i nombre grabado.

No tengo hijos, ni ha habido mujer que estuviera a mi lado periodo superior a dos años, dime entonces de que me ha servido tenerlo todo, porque yo o he tenido todo ¿sabes?, y de que me servirá si nadie ha de recordarme dentro de 100 años... mi nombre se perderá en el olvido... y a nadie nunca le importará.

Voy a morir, a morir, sin encontrarle sentido a la vida, a mi vida , ¿mi vida? ¿hasta que punto he sido dueño de mis actos?. No existes, ¿verdad que no ?No tendría sentido nada de lo que he hecho hasta ahora, aunque supongo que a ti que más te da eso, ¿no?. Pero si no existes... ¿qué coño hago escribiéndote?...

Sólo me queda la esperanza de haber sido coherente conmigo mismo. ¿He sido coherente conmigo mismo? ¿O he creído que mis valores eran los más correctos sólo porque parecía ir en dirección a los demás? ¿Dónde queda ahora mi sitio? ¿Cuál ha sido, cual es, y cual será a partir de ahora mi sitio?. Hablo de mí lugar en el universo, no del lugar que he ocupado todo este tiempo rodeado de tan ocre multitud. Para qué, dime para que el hombre domina si es que realmente domina sobre todas las cosas? no puedes existir, no existe nada perfecto, no existe nada absoluto, No puedes existir... no debes existir...

Tal vez el problema haya sido que me he hartado de buscar un lugar en el cual

fuera útil a los demás(noble empeño ¿no?) y no caí en la cuenta de que no me era útil así a mí. es cierto, he cometido errores, pero han sido errores que la sociedad a la que he servido, aceptaba como lícitos. Tal vez, sólo tal vez en alguna ocasión haya defraudado incluso a mi propia coherencia para ser coherente con los demás.

¿ qué será de mí ahora que he descubierto que no tengo vida? Bien pensado ¿qué importa en realidad si voy a morir?.

¿Dónde me equivoqué? ¿Tal vez en no aceptarte y sí aceptar al resto de personas como dueñas de mi vida? ¿Tal vez me equivoque ahora al dejar que la duda se infiltre en mi autoestima y mi razón?...”

Un borrón de tinta se ha formado en la última palabra porque nuestro protagonista y hasta ahora único personaje se ha quedado paralizado con la mano y la pluma apoyadas en el papel. poco a poco ha ido dejando caer la cabeza sobre el escritorio, encima de los brazos cruzados, la pluma se ha soltado de su mano y rueda por la mesa hasta caer.

Su sueño es profundo y denso, aunque quizá no demasiado real... como su duda, tal vez.

Cuatro horas más tarde despierta de repente, asustado busca a su alrededor, es como si se hubiera quedado dormido en un día de examen o así. Descubre tranquilizado que sigue con vida, al menos con su antigua vida, tenga o no sentido...

Pero no se trata de una historia que contar, ni una de esas cartas que tanto le divierte escribir fingiendo que es una persona totalmente distinta. La realidad es tan aterradora como indescriptible, va a morir, pero no hay médicos en su diagnóstico sino un juez que cree tener en sus manos o en su cabeza poder y sabiduría suficientes para aniquilar a alguien. Él es culpable y lo sabe, nunca lo ha negado, sería negar también todos sus principios, aunque nadie los comprenda y mucho menos los comparta. Tal vez por eso no deja de soñar que ha llevado una vida ejemplar y solitaria entregada a los demás. Pero ahora va a morir y quizás, sólo quizás, lo merezca.

¿Merece aquel que mató ser asesinado?, ¿eso es justicia realmente?, ¿no es precisamente asumir que el asesinato es lícito en ocasiones?, ¿no podría entonces él demostrar que mató con una razón?, busca en su interior pero no la

hubo, no la hay ni jamás la habrá le dé las vueltas que le dé, ahora lo entiende pero ya es tarde, demasiado tarde. Ahora debe ser coherente consigo mismo y pagar el precio de su condición. Tal vez demasiado alto... tal vez no...

El pequeño ventanuco se ha abierto, al otro lado el impassible rostro del carcelero le apremia a salir, la hora ha llegado, demasiado pronto y a la vez demasiado lenta y ceremoniosamente. Con una voz que da la impresión de un discurso repetido mi él veces el carcelero le ofrece una ultima voluntad, su voz es ronca, pesada y fría como un yunque, él oye atónito como le informan que falta una hora para el final con el mismo tono que tal vez utilizara para pedir un café o comentar el ultimo suceso en el bar de la esquina.

Al principio piensa para sí mismo que, irónicamente su “ultima voluntad” seria no tener que hacer uso de esta, pero se calla, o tal vez murmure algo en voz baja, entre dientes...

De repente algo cruza su cabeza haciéndole casi gritar:
Sí, quiero hojas, y una pluma... y... un sobre grande, hojas, muchas hojas... ah, y sellos...-

-ey, ey, te dije solo un deseo... - al menos ahora la voz del carcelero ha cobrado algo de vida y musicalidad – está bien pero era una pregunta de esas que no esperan que te contesten y que supuse se suele decir en estos casos ¿no?...-

Nunca preguntes si no estás seguro de poder soportar la respuesta... -
Algo dentro del carcelero ha sonreído no sin cierto aire de duda y desconcierto. Pero ¿qué importa ahora ya...’

“A quien pueda interesar.
nacer, el hecho en si de nacer implica el derecho a vivir..
Morir no me da miedo, probablemente incluso sea lo más justo... lo que sí me da miedo es vivir en una sociedad que no sólo tolera sino que celebra que fanáticos decidan por ellos (...)”

Hubber

Las cosas no son como parecen

Primera parte.

Estábamos jugando ajedrez -por cierto soy muy malo- en una mesa de la parte externa del bar, que era del tío de mi amigo de la infancia J.G. Y como el tuerto en el reino de los ciegos es el rey, yo era el que mejor se las arreglaba en el juego, de entre todos los muchachitos de la cuadra.

Mientras jugábamos se acercó un señor en edad otoñal, que pasaba por ahí con una sonrisa de sorpresa que ni el mismo se la podía creer; así de extraño era que en un barrio como el nuestro, estuvieran jugando ajedrez chicos con nuestras pintas y con un vocabulario que asustaba hasta a los borrachos, que se encontraban en las mesas de nuestro alrededor.

El señor -que parecía muy buena gente- se acercó y nos preguntó de manera muy amable, si podía jugar el también. Mis amigos, entre codazos me decían: taleapos una daso al jovie. Que traducido del revés al castellano civilizado quería decir: apóstale una soda al viejo. Yo envalentonado por la barra y por la ingenua arrogancia de la edad, le hice la propuesta: el señor aceptó de inmediato, se sentó y comenzamos a jugar. Solo comenzamos -nunca mejor dicho- y en unas pocas movidas me puso en jaque mate.

El problema era que nosotros no teníamos ni siquiera un centavo partido por la mitad, para pagar la apuesta. El señor pidió la soda: “la invito yo”, nos dijo y se fue sonriendo de la misma manera que había llegado. De un rato a otro la misma barra que tanto me apoyaba al comienzo del juego comenzó a reírse y a burlarse de mí, por haber perdido la partida de ajedrez de esa manera tan rauda y sin dar siquiera el mínimo de pelea.

Segunda parte.

Cansado de la burla de los supuestos amigos, decidí irme a casa. Cuando llegue nadie me sintió entrar. Pues en medio del tórrido calor de la tarde, todos los adultos se encontraban tomando una refrescante siesta. En casa mi madre tenía una colección de enciclopedias ilustradas y en mis momentos de soledad me gustaba ojearlas, así sea solo por el gusto de ver las imágenes. Aquella tarde por esas cosas del maravilloso azar; encontré una fotografía de una bella joven desnuda, pero que tenía los genitales masculinos. Al lado de la fotografía decía: HERMAFRODITA. Desde aquel momento, las pocas pero firmes convicciones que tenía un chiquillo de mi edad, (once años) quedaron colgando del hilo de la duda. Por qué según los enseñamientos naturales y espontáneos -o sea los que se adquieren sin siquiera uno darse cuenta- nos enseñan que existen solo dos géneros sexuales en el ser

humano: el masculino y el femenino. Y creo que sea inútil tocar la opinión religiosa sobre el tema, ya que es prácticamente la misma, pero con menos argumentos... o tal vez, con más argumentos en contra.

Cuando por fin me atreví -torturado por la curiosidad- a preguntarle a mi madre si era verdad que existían los hermafroditas, lo único que me ganó fue una reprimenda por haber visto la fotografía de una mujer desnuda... o mejor dicho, la fotografía de un ser medio mujer o medio hombre. Luego le hice la misma pregunta a mi hermano mayor. Sus palabras fueron las siguientes: “Sos muy chico para entender estas cosas”.

Y tenía razón.

A decir verdad no es que ahora entienda mucho estas cosas y tantas otras, muy bien que digamos. Pero lo importante en ese momento crucial de mi breve existencia, fue el descubrimiento de la DUDA, la más infiel de las compañeras de vida y a la vez, la más sincera.

Victor H. Ventura

El despertar de la Utopía

Deslizo mi antebrazo sobre el tupido cristal de mi ventana. Repito el movimiento queriendo hacer huecos para trasladar mi mirada por entre las suciedades que a lo largo del tiempo se han ido acumulando.

Por los huecos que mi improvisado limpiaparabrisas ha conseguido hacer, descubro en el otro lado el movimiento de la tela de araña que menea a su gusto el viento. Una tela que cubre la esquina de mi ventana, por la que apenas distingo el ir y venir atareado de un par de arañas.

El áloe que se apoya en la ventana tiene las puntas quemadas por falta de atención y cuidados. Las hojas se extienden como una campana boca arriba. Ante la inmediatez de la planta, de las telas de araña y de las suciedades, mi vista mal alcanza a distinguir entre las hierbas, algunas flores multicolores.

Contemplo la extensión baldía de una tierra abandonada que traslada mi horizonte más allá del alcance de mi vista.

Sigo frotando el cristal, porque mi mente no deja de imagina y mezclar con los recuerdos situaciones vividas,situaciones deseadas, y parece descubrir entre las hierbas del baldío las hileras de piedras y los montones de escombros que indican días más celebrados. Colectivos humanos , que esperanzados construían futuro sobre el quehacer cotidiano. Sentimientos ,ilusiones y valores,...no sé qué más veo. Objetivos,algunos cumplidos,sueños,sueños caídos como las moradas cunado se quedan sin moradores. Objetos y seres humanos del devenir acomodado de la pérdida de sueños.

Perdidos los baldíos,perdidos los rastrojos,los huertos y los eriales, se extienden las malas hierbas, las zarzas y las espinas;pero veo entre las zarzas enredadas,trepando, diversas flores que parecen querer abrazarse con las flores de mi jardín.

Se adivinan concurridas calles y plazas, de grupos de niñas y niños que juegan divertidas; de personas adultas que en corros gesticulan, charlan y porfían; no faltan las ancianas y ancianos que , mientras cuentan batallitas entretienen el tiempo jugando a las cartas.

Siluetas de recortables me sirven para entrever aquí una escuela, la casa de la botica, la del médico, el ayuntamiento,... Todos tornan a sus tareas. Algún perro queda que se pelea con un gato.

Por un momento creí encontrarme con mi pasado, mas no. Golpeo, más que froto, el cristal sucio. Se hace cuatro pedazos y se desliza por mi muñeca un hilo de sangre que generoso riega el áloe en el alféizar. Con cuidado voy quitando uno a uno los cristales, a la vez que voy también apartando las telarañas.

Me froto los ojos .porque no sé si veo claro, por que veo lo que veo a través de mi ventana sin cristal opaco: junto al huerto un hermoso jardín ha brotado que alterna sus colores con los frutos sembrados.

Los recortables se han transformado y allí está el hospital. Las escuelas con sus patios de recreo, la plaza del pueblo, la sede del ayuntamiento, la tuta, el juego de bolos, el frontón, las pistas de baloncesto y el juego en la petanca. Los parques alternan los juegos con los recreos, y se divierten los niños y disfrutan los viejos. Los adultos aprovechan para hacer de la calle el encuentro.

El aire fresco que penetra por el hueco de mi ventana invade el interior, renovando aromas e impurezas del viejo caserón. Mi nariz vibra y se llenan mis sentidos de nuevos aires; borrando de mi ser el dominio que hasta ahora ejercía el sabor a polución que como segunda piel se pega también en el paladar y en la saliva.

Envuelto ente aromas de hinojo y hierbabuena, de tomillo y de salvia, de melisa y mejorana, envuelto entre lavanda, menta y orégano, envuelto entre el sabor a vida llena, llegan hasta mi, no los ruidos de los vehículos que apenas ya circulan por nuestras calles, sino los susurros que generan las conversaciones.

Tengo que hacer un esfuerzo para abrir la ventana ,me quedo con un trozo del marco en la mano, mientras el otro cae al suelo sacudiendo el polvo y la polilla.

La luz penetra mejor, los aromas son más intensos, veo mejor las calles y sus gentes, los susurros se transforman en entrecortadas palabras. Cazo al vuelo algunas que me suenan: “participación”, “igualdad”, “compromiso”, “todas”,... Palabras, ¿solo palabras? Y me da para pensar: desigualdad, pasotismo, unos pocos, delegación de responsabilidades y quehaceres. Esas estructuras de las viejas moradas que se derrumban, que , poco a poco abandonadas, van desprendiéndose de tejas,

de machones y vigas y termina enterradas, pasando a formar parte de la naturaleza que reclama para si lo que de siempre ha sido de ella.

Pero de qué van a hablar mis pesares si to también tengo casa que con los años, ha perdido algunas tejas y por aquí se cuele el sol cunado no se cuele el agua y por las noches las estrellas se turnan para alumbrar mi cama. Grandes muros la mantienen que me aíslan de las calles. Me acerco de nuevo a la ventana y de nuevo descubro alguna que otra palabra. Curioso, malhumorado, me revuelvo en mi morada. ¿Por qué yo no, por qué yo no puedo opinar, y decir palabras?.

Siento un fuerte impulso y abandono mis soledades. Cruzo el umbral de la puerta después de derribarla.

Soy calle, por fin soy calle, y me confundo entre la gente, ávido de conocer y saber. Unos hablan de libertad, del apoyo mutuo los otros, de lo común, de la igualdad. Del machismo y el capitalismo. Voy saltando de corro en corro y no se cual es más de mi interés. En unos digo lo que siento y en otros lo que pienso; voy contrastando ideas y se va perdiendo en mi la fuerza de las palabras sueltas. Confundo apreciaciones de un corro con los sentimientos de otro. Me gusta más una mezcla que los elementos sueltos.

Un poco embobado ando yo con tanto descubrimiento. No se habla por hablar (que también es bueno). Se habla porque quieren hacer realidad un montón de sueños. Yo también quiero ser y estar entre sueño y sueño y construir un mundo nuevo.

Antonio A. Gil

Deseo, fantasía y realidad

LADO A

Sinceramente no entiendo el por qué soy promiscua. Lo que sí sé es que me encanta y poseo la certeza de que no voy a cambiar. Y no sólo es que me encante el sexo, sino que me fascina la seducción. Me fascina Natalia, mi profesora de psicología. Cuando la escucho hablar, me elevo y me entrego a fantasear. Imagino que despierto en mi cama, siento al ardor entre mis piernas y me giro desconsolada consciente de mi desnuda soledad. De repente Natalia entra a mi cuarto vistiendo una fresca y holgada bata blanca. Se sienta junto a mí y toma mi mano mientras me obsequia con una hermosa sonrisa, adornada con esos huequitos que se forman a los costados de su boca. Luego se acerca y nuestros labios se entrelazan consumiéndose con una mezcla de ternura y voracidad. Finalmente hacemos el amor y es ahí cuando todo se hace frustrante para mí. Es ahí cuando me enfurece que sea

una fantasía y no una realidad. Todo es cuestión de tomar la decisión. Sé que es soltera y le intereso porque me dedica muchas miradas, sé que reprime sus sonrisas, pero con las miradas basta para entender que me desea y fantasea conmigo.

Ayer di un gran paso con Natalia. Le hablé de mi dificultad para entender el concepto de sexualidad y le pedí que por favor me dictara algunas clases particulares. Para ambas fue un momento de alegría, de regocijo; un momento esperado. Por fin podríamos estar a solas. Esta noche nos veremos en su casa. Sí, tenemos una cita para estudiar, pero en el fondo ambas sabemos que lo que queremos es comernos a besos. Espero que todo salga bien.

LADO B

Sólo espero que no se decepcione de mí. Los años no vienen solos, con ellos llega la vejez y se va la belleza. Pero yo siento que me desea. Bueno, lo que debo hacer es irme de compras; algo de ropa interior y traguito. Tantas veces he anhelado esta oportunidad y, ahora que la tengo, siento miedo, siento mucho miedo. Por otra parte, pues no es la primera vez que hago esto. Pero si es la primera vez que tengo la oportunidad con una mujer como Vanesa. Hace ya unos buenos años que no me interesaba por una de mis estudiantes de pregrado. Sé que no es lo que se espera de mi como profesora, pero sé que es lo correcto como mujer.

Se espera de mí que no sienta, que sea algo así como un vegetal parlante. Sí, eso es. Como profesora no puedo amar, no puedo desear, no puedo fumar, no puedo beber, no puedo mentir, engañar, insultar, sentir enojo, llorar y mucho menos ser lesbiana y disfrutar mi sexualidad. Se espera que me estremezca con el himno nacional y que ore al sagrado corazón de Jesús en busca de mi salvación. Afortunadamente, nada de esto es un verdadero obstáculo ahora. Ahora sólo pienso en desarrollarme intelectualmente, acabar mi doctorado, publicar mi novela y encontrar a esa pareja estable con la que pueda ser feliz.

Por lo pronto, espero disfrutar esta noche y que Vanesa se sienta bien conmigo. Espero que este sea el comienzo de una bonita y duradera relación. No puedo dejar de pensar en Vanesa. Siendo sincera, cada noche me duermo pensando en ella. De hecho, quisiera despertar cada mañana a su lado y ser feliz. A veces pienso que soy una tonta que se ilusiona muy fácilmente, que construye castillos de la nada. Pero estoy segura de que vale la pena amar. ¿Qué pensará ella?

LADO A2

Toqué el timbre y me sentí morir. Natalia abrió, sonreímos y nos saludamos con un beso en la mejilla; fue algo muy especial. Estaba hermosa. Noté de inmediato que su vestido era nuevo, su maquillaje no era el de siempre y llevaba unas preciosas candongas que daban realce a su madurez. Me hizo seguir y nos dirigimos a la sala.

- ¿Quieres tomar algo? – yo sabía lo que quería oír como respuesta.
- Sí, profe. Me gustaría tomar whiskey. Qué pena con usted, pero a mí me gusta mucho el traguito y veo que usted tiene un barsito muy chévere, profe”
- ¡Ah, qué bueno! A mí también me encanta el traguito. Ya te lo sirvo.

Mientras servía los tragos eché un vistazo al lugar y descubrí que de alguna manera todo era especial. Natalia me ofreció un vaso con el preciado licor y juntas brindamos sin razón expresa alguna.

- Su casa está muy bonita, profe. Me gusta la decoración y el color.
- No me digas profe, sabes que me llamo Natalia. Y sí, la casita está bonita.

Hablamos de muchas cosas. Me habló de su niñez, de sus padres, su casa, su pueblo y su primer amor. Mientras la escuchaba, he de reconocer que me hipnotizaba con sus vos, el movimiento de la comisura de sus labios y sus manos delicadas tinturadas con esmalte marrón. Hablábamos y bebíamos. Ni siquiera guardamos silencio mientras se recargaban los vasos. Yo no veía la hora de besarla. A pesar de dárme las de seductora y lanzada, en el fondo estaba asustada cual adolescente ante su primer beso.

LADO B2

De repente me quedé sin palabras. Ya era hora de cambiar el tono de la conversación; ya era hora de ser sinceras. Vanesa estaba allí, tan linda, tan suave... me miraba... me deseaba... así que no quise aplazar más lo inevitable. Me senté junto a ella, la miré fijamente tomando su mano entre las mías y me confesé.

- Vanesa, tu sabes que me encantas ¿Cierto?
- Sí. Yo lo sé. Se nos nota – ambas reímos.

Cada cual bebió un último trago y nos acercamos mutuamente para cumplir nuestros deseos y comernos a besos. Tomé el rostro de Vanesa entre mis manos y me entregué al placer infinito de sentirme deseada. Después de unos maravillosos momentos ambas estábamos listas.

- ¿Vamos? – le dije.
- Vamos – contestó.

Rambamxxi

El amor es una libertad

En la habitación del salón había un ambiente de seriedad total. Hasta el aire respetaba el tema que estaba a punto de tocarse y guardaba silencio. El gato estaba afuera, porque tiene por costumbre posarse en el regazo de los demás sin ninguna consideración. Las luces de las lámparas en la sala estaban bajas y el televisor no estaba encendido. Hasta el teléfono estaba desconectado para evitar interrupciones. Sólo un grillo gitano se atrevía a interrumpir; al ritmo de uno, dos, tres – grillar –el silencio.

Los padres de Eví estaban conscientes desde hace mucho tiempo de que este día llegaría. No sabían exactamente cuándo, pero así como las nubes grises y el viento fuerte anticipa la tormenta, veían acercarse el día de hoy. Justo así, sin fecha, sin saber qué hacer, insipiente y con cierto dejo de melancolía.

Eví estaba algo nervioso por todo este asunto, no sabía que pasaba. Eran las 9 de la noche y a esta hora él debía de estarse preparando para dormir, pero no lo estaba haciendo. En lugar de eso, estaba tomando té mientras veía a sus padres un tanto intranquilos. Daba un sorbo, inclinaba la pequeña taza azul sin despegar la vista de ellos. Se preguntaba si se quedarían ahí toda la noche, sólo viéndose.

Luis, su padre, un hombre de poco más de 30 años se despejó la garganta dispuesto a hablar, pero volvió a recargarse y nuevamente guardo silencio. Mientras, Gil se acomodó en el asiento un tanto intranquilo. Eví miraba a sus padres un tanto desconcertado, sin saber de qué iba todo el asunto. Llegó incluso a preguntarse si no había hecho algo malo. Gil le devolvió la mirada y lo tranquilizó con una sonrisa, ahora sabía que no estaba en problemas y respiraba aliviado.

Eví era un niño muy fantasioso, imaginaba los problemas como sogas que lo retenían, oprimían su pecho y lo ataban al suelo, en ese instante los nudos cedieron y se sintió libre. Se sintió precisamente como el escapista de aquella película que vieron el fin de semana en el cine, lástima que tuvieron que salir a mitad de la película, él hubiera querido saber que pasaba al final.

Gil sacó de su maleta una especie de libro, el cual llamó mucho la atención de Eví. Era de un azul muy brillante, además tenía en su pasta el dibujo de dos niños. No era raro que Gil se paseara con libros todo el tiempo, pero por lo general no tenían ni dibujos ni colores así como éste. Eví nunca había tenido interés en leer alguno de esos libros y cuando lo tenía Gil le decía «No lo entenderías, eres muy chico aún». A Eví le frustraba todo esto, había tanto que no entendía, que a veces se sentía como un tonto. Aun y cuando su maestra siempre lo devolvía a casa con una estrella grande y brillante en la frente, pues era muy inteligente.

-Ven Eví, siéntate aquí –dijo Gil, llamándolo con su mano. Tan pronto el pequeño se hubo sentado en la alfombra Gil posó sus manos sobre su cabeza y le acomodó el cabello. Dejó el libro sobre la mesa y se inclinó para besarle el cabello. Luis tomó el libro y comenzó a hojearlo. Gil continuó hablando, al parecer era el más preparado para hacerlo.

-Sé que te gustan mucho las historias Eví. Tengo una que contarte –los ojos del pequeño se iluminaban en la luz de las lámparas. Se inclinó hacia adelante poniendo completa atención.

-Quiero escucharla –contestó emocionado. Fue en busca de una almohada y volvió a sentarse.

- ¿Sabes por qué me gusta leer Eví? –preguntó Gil una vez que el niño estaba cómodo y contaba con toda su atención.

-Para ser listo –contestó a toda prisa.

-Bueno sí. –Sonrió –Pero no sólo por eso. A mí me gusta leer porque aprendo cosas que antes no sabía, muchas cosas sólo se pueden aprender leyendo. También me gusta leer para conocer historias.

- ¡Ay! a mí también. Como los cuentos. –Hasta ahora Eví iba entendiendo.

-Pero hay manera de juntar las dos cosas. Contar una historia y de ella aprender muchas cosas, de esto se tratan los libros. Te contaremos una historia Eví, pero no es cualquier historia, es nuestra historia.

En ese momento cogió la mano de Luis quien trató de parecer fuerte, aunque él mismo sabía que si hablaba se le quebraría la voz. Sin embargo Eví estaba emocionado a más no poder, había cosas que no entendía y aun si se las explicaban tenía el presentimiento de que no lograría entenderlas. Que mejor que una historia para entender todo eso. Así que con ojos bien abiertos y oídos atentos se tendió en el piso en espera de la historia.

Gil despejó su garganta y le dio un sorbo a su té, le temblaba la taza en los labios, con un poco de trabajo pudo contenerse y entonces comenzó.

«En la casa de Luis hay un rincón muy particular, en el muro de la entrada al cuarto de lavado dónde él y sus hermanos eran mandados a pensar cuando hacían algo malo como castigo, tenían órdenes de mirar a la pared y no moverse de ahí hasta que entendieran qué fue lo que habían hecho mal. La pared tenía una marca de desgaste en dónde arrastraban la frente. Para que pudieran salir de ahí su mamá preguntaba: « ¿Entendiste qué fue lo que hiciste mal?» En caso de obtener una respuesta equivocada o a medias, Eleonor, su madre los devolvía al rincón nuevamente.

Luis odiaba ese lugar porque aunque sólo fuese por un momento le quitaba toda la libertad. No podía hablar, no podía moverse, no podía jugar, no podía hacer absolutamente nada. Mario, su hermano mayor, le decía que con el tiempo se acos-

tumbraría –de todos él era el que más era castigado –Carolina, que le seguía a Luis en edad, rara vez era castigada.

Hoy Luis estaba castigado en ese rincón y por más que se dejaba caer en la pared no entendía que era lo que había hecho mal. Había pasado apenas una hora, pero él siente que ha pasado ahí todo el día. Comienza a sentir los pies pesados y añora el sol. Continúa con la mirada fija en el suelo. No hay absolutamente nada que le distraiga y aun así no entiende porque debe disculparse, no saldrá de ahí si no es con la respuesta.

Llegó de la escuela muy emocionado. Afuera hacía un clima grandioso, su madre había preparado una comida especial por el cumpleaños número 10 de Carolina. Ella empezó a servir para los cuatro, al final de dar las gracias Luis no dijo «Amén», pero estaba seguro que por eso no lo habían castigado.

Después de comer Luis fue a jugar con Gil, su vecino quien era su único y mejor amigo, su persona favorita. Gil era un niño grandioso, que en preescolar ya podía leer y escribir su nombre. Se sentaba a su lado en clase y en el descanso almorzaban juntos. Luis tenía permiso de ir a su casa a jugar y él tenía permiso de venir, así que eso tampoco había sido por lo que estaba castigado.

Cuando volvió a casa, su mamá preparó chocolate caliente y partieron el pastel que recién había ido a comprar. Carolina sostenía entre sus manos una flor que en su momento debió verse bonita, no dejaba de olerla, pareciera que cada vez tenía menos pétalos.

Mario quien era pronto para hablar se apresuró a decir -Se la ha regalado su novio.

Carolina se ruborizó de inmediato - ¡Qué no es mi novio te digo! –renegó.

-Deja en paz a tu hermana Mario, ¿no ves que es su cumpleaños? –advirtió su madre. Mario obedeció a su tono serio y no volvió a decir nada.

Carolina continuaba admirando la flor. Mario terminó su pastel, dejó la mitad de su chocolate, cogió su mp3 y subió a su habitación.

-Ya quiero que llegué papá con mi regalo –confesó Carolina emocionada.

-Pues... creo que lo mejor que tendrás hoy será esa flor. –Reímos. Después que se desvaneció la risa hubo un silencio.

- ¿Y a ti? ¿No te gusta nadie? –Preguntó Carolina como una epifanía. -Al quien que te haga sentir bien, como mariposas en el estómago.

Luis se quedó pensando un momento. Carolina y su mamá esperaban ansiosas su respuesta. « ¿Mariposas en el estómago?», pensaba. ¿Quién lo había hecho sentir así, aunque fuera sólo una vez?

-Hay alguien. –Dijo. Sólo alguien cuando le tomaba de la mano lo hacía sentir esas mariposas, esas ganas de quedarse sosteniendo por siempre su mano. -Gil–respondió.

-No, Gil es un niño-se apresuró a corregir Carolina -te debe gustar una niña.

Luis no supo que responder y Carolina empezó a reírse, miró a su mamá que se había quitado los lentes y veía a Carolina con severidad.

- ¡Silencio niña! –Ordenó –ni una palabra más.

Y entonces me mandó aquí.

No, aún no sé porque estoy castigado.

Ese tipo de cosas no acababan con el tiempo. Luis se sentía cada vez más preso y limitado, no podía expresarse por miedo a ser descubierto en sus sentimientos. Hablaba sólo lo preciso y a veces rehuía la mirada, Gil lo recordaba de otra manera, no advirtió en que momento cambio tanto, después de todo con él seguiría siendo el mismo aunque Nunca más lo volvió a tomar de la mano. Luis aceptó con tristeza que esas cosas habrían de quedar en el pasado como un juego de niños. Seguía teniéndole ese cariño especial, pero le bastaba con oler de cerca su perfume y hablar seguido con él. Blanca, amiga de ambos, aunque quizá no era la más indicada para hablar de amores, le aconsejaba que fuera sincero con él y con los demás, que sólo entonces se sentiría libre. Luis se limitaba a asentir, sabía que tenía razón, pero se le hacía terriblemente difícil hacerlo. Sus padres eran demasiado exigentes con él y no sólo creían, sino que además defendían –sin saber el daño que le hacían a Luis –de que a un niño, ahora ya un joven, sólo podía gustarle una chica.

El tiempo pasó y el continuaba indeciso. Pensaba todo el tiempo en confesarle su amor, siempre que lo veía en clases, cuándo lo llevaba a casa, cada vez que tenía tiempo y cada noche antes de dormirse. Cierta día Blanca los acompañó de regreso a casa, ella y Gil hablaban con soltura mientras Luis participaba ocasionalmente. Todo siguió normal hasta que Blanca tuvo que bajarse.

-No lo olvides, la mano –digo antes de dar un portazo. Luis pensaba a que se refería Blanca, ¿qué era lo que había dicho? Se encontraba tan ausente que no se dio cuenta cuando Gil detuvo la marcha. De pronto sintió la mano de él sobre la suya, como hace tanto tiempo, seguía siendo tan cálida como siempre. ¿Qué era esa sensación de hormigueo, ese vuelco tan repentino del corazón? Sus manos se apresuraron a cerrarse y sólo entonces lo miró a los ojos aún sin saber que ocurría.

-Te quiero –pronunciaron muy despacio sus labios. Luis parecía perplejo, atónito ante revelación semejante. Nervioso al no recibir una respuesta continuó. – Desde el momento en que te conocí, cuando tenías 8 años, te quería entonces y te quiero ahora.

-Yo también te quiero –contestó al fin. Finalmente empujó sus labios contra la mejilla de aquel niño. Se mantuvieron abrazados largo rato. « ¿De verdad está ocurriendo esto?» pensaba. Había decidido ser libre y no tener miedo al amor, se sentía

feliz de ser quien era, de amar y ser amado. Súbitamente cayó en cuenta de algo. - ¿Sabes Gil? El castigo termina ahora.»

- ¡Qué bonita historia! ¿Es para mí? –fue lo primero que dijo Eví cuando hubo terminado de leer. Gil estaba restregando sus ojos.

-Sí, es para ti Hijo. ¿Te gusta?

-Sí, muchas gracias. ¡Por eso se quieren tanto! –sus padres asintieron aunque no se trataba de una pregunta.

-Toma Eví –dijo Luis entregándole el libro –guárdalo, necesitarás leerlo cada vez que los demás te hagan sentir mal. –Eví estiró los brazos y tomó su preciado regalo, repasaba con su dedo la sonrisa de los niños en el dibujados.

- ¿Crees tú que esté mal que a un niño le guste otro niño? –preguntó Luis. Eví no se lo pensó ni un momento.

-No, yo no lo creo –Luis y Gil lo miraron complacidos – ¿Cómo va a estar mal si ustedes se quieren mucho? Y yo los quiero mucho. —para ese momento los padres de Eví se habían sentado con él en el suelo. Esas últimas palabras le hubieron ganado un fuerte abrazo de sus padres.

- Nosotros te amamos mi niño. Pero, ¿entiendes que a los demás no les gusta que nos queramos?

-Sí –asintió –lo entiendo.

-Fue por eso que salimos del cine la semana pasada. Quizá no te diste cuenta, pero nos hicieron sentir que no éramos bienvenidos.

- ¿En serio, cómo? –preguntó Eví sorprendido.

-Pues... -dudó Luis –quizá un niño no se puede dar cuenta de eso.

Entonces intervino Gil -Pero sí te puedo asegurar que no quieren que estés con nosotros porque no somos como su familia, un papá y una mamá.

-A mí me gusta tener dos papás. –dijo encogiéndose de hombros. La inocencia de sus palabras los conmovió hasta las lágrimas.

-Lo sabemos Eví. Pero ese rechazo puedes estar seguro de que no es por miedo, decir eso sería minimizar el daño. Se están metiendo con otra familia, les hacen daño a padres e hijos, no los dejan ser felices.

-No se preocupen –interrumpió Eví a Luis que subía la voz –no quiero estar en dónde haya gente que no los quiera. –Sonaron tan maduras sus palabras. Sin soltar el libro Eví volvió a tomar de su taza. Sus padres ya no supieron que decir.

-Entonces a ustedes no los dejaban quererse, ¿verdad? –dijo, tomando el hilo de la conversación. Asintieron. –Eso está muy mal.

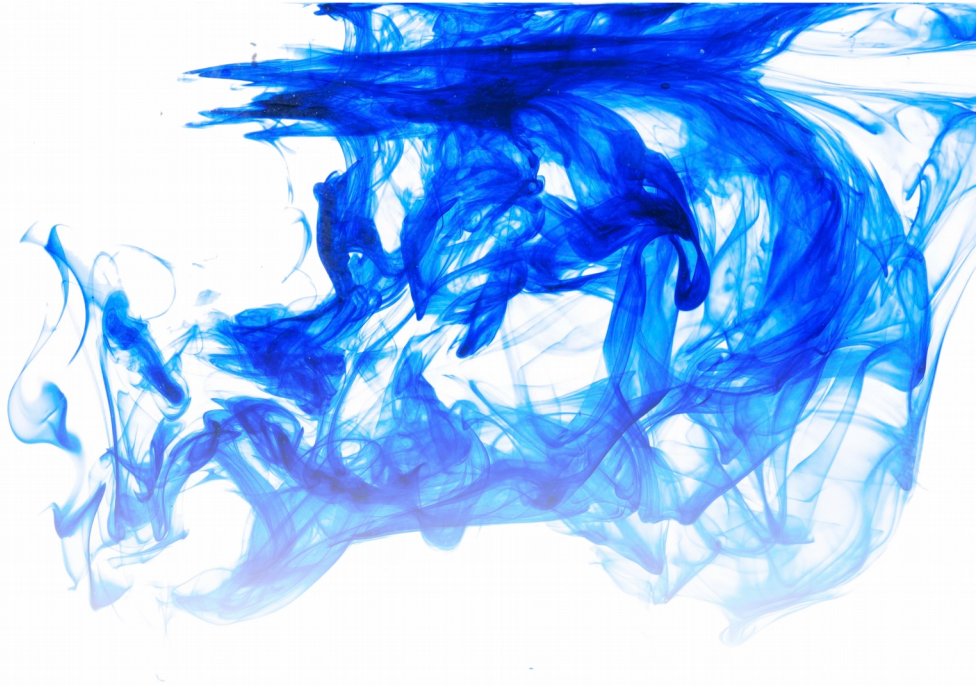
- Es algo terrible –recalcó Luis –no podemos imponer ideales en cosas tan personales como la decisión de la persona a la que uno quiere amar y entonces hacer una familia.

-Eví, queremos que entiendas algo –dijo Gil tomando su mano -todos tenemos libertad para amar y eso no depende de si eres niño o niña y poco o nada tienen que opinar los demás sobre ello. Nosotros te damos libertad para amar y queremos que tú hagas lo mismo: dar esa misma libertad a todos. Trata de entender y respetar las diferentes manifestaciones del amor, ten una mente abierta.

-Siéntete libre Eví –dijo por último Luis –tú eres libre de amar y no vas a estar castigado por ello, lo prometo.

-Yo... yo sólo los amo a ustedes –contestó Eví acercándolos a él con sus pequeñas manos y dándole un beso a cada uno.

Al Roher



No somos mercancía. Ni objetos. No somos números. Ni llantos. Ni secretos. La barricada es su miedo. En nuestras manos nada. No somos crédulos ni listillos. No somos carne de gatillo. Somos amor intenso: muchos fuegos: un incendio.

Yago Mellado